WILBUR L. CROSS LIBRARY
UNIVERSITY OF CONNECTICUT

66
t27c
o.2-9

BOOK 066.AT27C no.2-9 c.1
ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y
ARTISTICOCO DE MADRID # CONFERENC
3 9153 00057996 3

ATENEO DE MADRID

PRECEDENTES

DEL

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

EN LA EDAD MEDIA

CONFERENCIA

DE

D. MANUEL MARÍA DEL VALLE

pronunciada el día 11 de Marzo de 1891

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20

1892

PRECEDENTES

DEL

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

EN LA EDAD MEDIA

ATENEO DE MADRID

PRECEDENTES

DEL

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

EN LA EDAD MEDIA

CONFERENCIA

DE

D. MANUEL MARÍA DEL VALLE

pronunciada el día 11 de Marzo de 1891

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20

1892

Señoras y señores:

Dos nombres inmortales, el de un genio y el de un nuevo mundo, aparecen estrechamente unidos al comienzo de la edad, que llamamos moderna de la historia. Desde aquellos días felices, con que termina la centuria décimaquinta y se abre la diez y seis de nuestra era, y en que para siempre quedó rasgado el velo, que por muchos siglos había cubierto las espesas nieblas del mar tenebroso, tan temido de los antiguos, la atención de los Europeos y el particular interés de sus trabajos geográficos é históricos, dirigiéronse con preferencia á las comarcas occidentales del globo terrestre. Los viajes marítimos se suceden unos á otros con admirable repetición; las exploraciones en territorios vírgenes se multiplican; todo se examina y analiza: la naturaleza, las razas, las sociedades de aquel continente, hasta entonces desconocido, al menos para la generalidad de los hombres. Y de dicho tiempo procede también el importantísimo número de variados temas de historia y de crítica, aplicados al conocimiento de uno y otro hemisferio del Planeta y de las posibles relaciones que durante lejanos tiempos entre ellos debieron existir.

Avocados hoy al centenario de la fecha memorable en que los españoles tuvieron la suerte de poner la planta en las islas del mar de las Antillas, esta docta casa tuvo el buen acuerdo de celebrarlo, con una serie de conferencias en las que hoy al-

canzo la honra de tomar parte. A tan noble concurso han sido llamados nuestros más distinguidos oradores y hombres de ciencia; también venimos aquí los humildes; aquéllos para que, con las luces de su inteligencia, con su acreditada ilustración y saber, resuelvan los árduos problemas que acerca del Nuevo Mundo fueron y son todavía objeto de sérias meditaciones: nosotros, para que, auxiliados de modestas fuerzas, hagamos gala de buena voluntad, ofreciendo la escasa labor de lo que por nuestros estudios, en la profesión que públicamente desempeñamos, pudimos haber aprendido: que en todas las obras, así en las de la naturaleza como en las del arte, en las del individuo como en las de la sociedad, va siempre lo grande unido á lo pequeño, y de igual modo que con las dilatadas y extensas cordilleras y mesetas de la tierra coexisten las rocas y las menudas arenas; de la propia suerte que las maravillosas construcciones, proyectadas por el ingeniero y el arquitecto, necesitan no sólo un plano y dirección, sino el esfuerzo de los que con sus brazos ayudan á levantar aquel monumento, así también á estas solemnes fiestas de la inteligencia y de la cultura humana son llamados, naturalmente, los sabios, y podemos venir aquellos otros á quienes nos basta el sencillo título de estudiantes, ó cuando más, de afanosos cooperadores de sus trabajos.

Tuvisteis la fortuna de oir en esta cátedra, al inaugurarse las presentes conferencias, la gallarda y elocuentísima palabra del eminente hombre de Estado, que á la par es gloria de la ciencia y de la tribuna españolas; asististeis luego á la erudita, amena, profunda, y por todo extremo crítica conferencia de nuestro respetado y siempre querido D. Eduardo Saavedra sobre *las ideas de los antiguos acerca de las tierras atlánticas*, y aun está fresco en la memoria de todos el grato recuerdo del singular deleite con que, honrado por demás el sitial, que ahora inmerecidamente ocupo, escuchábamos en pasadas noches la magistral relación de las atrevidas navegaciones de los portugueses, hecha por el insigne y, con justicia, preclaro historiador de nuestros vecinos y de nuestros hermanos.

Violento es el tránsito que hoy se os ofrece; no pequeña desgracia la mía de verme colocado inmediatamente después de tan respetables personalidades; grande la turbación de que me

hallo poseído, y necesario é indispensable que de vosotros reclame, no por alarde retórico, sino por convencimiento íntimo, vuestra indulgente benevolencia.

Permitidme también que, con este motivo, ofrezca el testimonio de mi sincera gratitud á nuestro egregio Presidente, y al que lo es muy digno de la sección de Ciencias históricas señor Sánchez Moguel, por haberme dispensado el honor de que os dirija la palabra. Y como en la vida no faltan compensaciones, séame lícito, antes de principiar mi tarea, y á cambio de tantas dificultades, con las que ahora verdaderamente lucho, por capricho del azar, lisonjearme de interpretar vuestros sentimientos, aprovechando este instante para enviar desde aquí un cariñoso saludo y el homenaje de nuestra legítima admiración al ilustre historiador lusitano, que, habiéndonos favorecido recientemente con su presencia y con las acertadas observaciones de su esclarecido ingenio, nos ayudaba á reanimar poderosos vínculos de fraternal simpatía para el pueblo y para los hombres, que, participando de nuestros orígenes, tanta intervención tuvieron en hechos y proezas, que por varios títulos nos son comunes en el dominio de la historia.

I.

Os decía, Señores, que los grandes problemas geográficos, históricos y sociales sobre América habían sido objeto especial de profundos trabajos, cuyo origen se remonta á la época venturosa en la que diferentes Estados europeos adquieren nuevas tierras y posesiones allende los mares. Y entre los asuntos de mayor novedad que, como tema de investigación, se propusieron discretos analistas, figuró el relativo al origen y procedencia de las primitivas razas del nuevo continente, y por tanto de la verosímil comunicación y enlace de sus pobladores con los de otras naciones y países. Recuerdo ahora, que van transcurridos nueve ó diez años desde que un distinguido escritor de la vecina

Francia publicaba monografía muy erudita, respondiendo á esta pregunta: «Las relaciones entre el antiguo mundo y América, ¿fueron posibles en la Edad Media? (1).»

He aquí que, modificando algo los términos de ese enunciado, me proponga también yo discurrir sobre los *Precedentes del descubrimiento de América en la Edad Media*, por juzgar de alguna utilidad y provecho muchos de los datos y noticias interesantes, que, acerca de tan delicada cuestión, consignan autoridades respetables en la materia. Para ello procede evocar con brevedad, y en primer término, varias de las hipótesis que establecen la posibilidad de remotas aproximaciones entre los pueblos orientales y América, conviene que analicemos luego el carácter de la ciencia y de los estudios en los siglos de la Edad Media de la historia, para determinar el influjo que las ideas más elevadas de notables pensadores pudieron ejercer en los grandes descubrimientos de los siglos XV y XVI, y sobre todo, que, como parte esencial de nuestro objeto, puntualicemos, examinándolos á la luz de la más severa crítica, los viajes, expediciones y aventuras que varios pueblos europeos, y entre ellos principalmente Normandos é Irlandeses, realizaron en las regiones septentrionales del Atlántico.

La índole propia de semejantes puntos, que participan del doble caracter geográfico é histórico, nos obliga á que, por vía de preliminar, recordemos la situación en que se encuentran las dos grandes porciones continentales de nuestro planeta, apenas separadas por el estrecho de Behring, que mide 96 kilómetros, cuyas mayores profundidades de 58 metros, reducidas en otros sitios, se limitan á 40, habiendo permitido en muchos casos el fácil tránsito desde la extremidad Nordeste del Asia, hasta la punta del cabo de Galles en América. Si detenidamente se contempla el planisferio terrestre, no puede tampoco menos de percibirse que, eligiendo como punto de pers-

---

(1) Gaffarel, *Memoria* inserta en la *Revista de la Société normande de Géographie.— Bulletin de l'année*, 1881.

Corrigiendo el original del presente trabajo, llega á nuestro poder la obra que con el título de *Histoire de la decouverte de l'Amérique depuis les origines jusq' la mort de Colomb*, ha publicado en el presente año (1892) dicho Mr. Paul Gaffarel, de la que la expresada Memoria, adicionada en algunos puntos, constituye el cap. V del tomo I, y á los datos y juicios de tan importante libro habremos de referirnos más de una vez.

pectiva el centro del Pacífico, se dibuja gran arco ó hemiciclo montañoso, constituído en un extremo por las cordilleras de Asia, enlazadas á su vez con las de África, y en el otro por las diferentes series de cadenas montañosas, que desde las de Alaska y Colombia Británica se prolongan por los dilatados Andes hasta terminar en la Tierra de Fuego; pensemos, además, en la efectiva y real semejanza que muestra la constitución orográfica de ambas regiones, según lo acredita el círculo ígneo de los volcanes de América, que, prolongándose hacia los mares de la China, se extienden por las islas Filipinas, Japón y Kurilas; tengamos presente también que las Aleutinas forman como natural paso desde la extremidad NE. del Asia hasta las costas americanas en el Pacífico, y sin olvidarnos de que, siendo tan corta la distancia por este lado del mundo, es muy grande la que separa de Europa al nuevo continente, por mediar entre unas y otras tierras 1.500 metros en la parte más estrecha del Océano Boreal (1); concluyamos reconociendo que no debieron ser difíciles los viajes y expediciones acometidas desde inmemoriales tiempos, y que no parece destituída de fundamento la creencia de muchos historiadores y geógrafos que sostienen las antiguas relaciones entre los pueblos orientales y las comarcas americanas. Si se apeteciera mayor prueba de semejante verosímil conjetura, aun podríamos encontrarla observando la facilidad con que las embarcaciones pasan de una á otra orilla, y en el hecho invocado por varios escritores que nos hablan de los numerosos naufragios allí ocurridos, citando hasta sesenta ejemplos de esa clase que desde el siglo XVII hasta nuestros días llegaron á registrarse (2), á los cuales podrían añadirse otros más, como el que sobrevino en 1875, y cuyos vestigios fueron debidamente patentizados.

Así se explica que las opiniones acerca del origen de las razas indígenas de América sean tan múltiples y diversas, como diversos son los gustos y tendencias de los hombres. Nada de particular tiene, por tanto, que desde fecha también muy apartada de la nuestra, y desde los mismos años que inmediatamente si-

---

(1) Reclus, *Nouvelle Géographie universelle*, t. XV.
(2) Brooks, *Comptes rendus de la Société de Géographie*, 2 de Julio, 1886.

guieron á los descubrimientos de la edad moderna, se hayan expuesto sobre el particular variedad de doctrinas, al parecer, muchas raras y atrevidas. Entre ellas figura la que sostienen algunos autores pretendiendo la posible relación de egipcios y americanos, cosa á primera vista extraña, y para la cual no faltan argumentos á sus patrocinadores, que los fundan en problemáticas semejanzas y analogías, que, sin gran violencia, suelen descubrirse cuando no se ha penetrado bien en los misterios y obscuridades de los verdaderos orígenes, y en la índole peculiar de las primitivas sociedades. Las averiguaciones críticas que con posterioridad se han hecho en el particular, revelan, á mi humilde entender, que no son tan claros y evidentes los imaginados paralelismos entre la arquitectura y la ornamentación de uno y otro país, sino que bien pueden señalarse variantes que las separan y distinguen. La misma forma piramidal de muchos monumentos, como necesidad de solidez que adoptaron los egipcios, también la tuvieron otros antiguos pueblos. El sistema de momificaciones no concuerda en sus procedimientos, puesto que los egipcios empleaban para ellas diferentes substancias, y los mexicanos se valían más bien de los ligamentos y de la rigidez muscular; y aun la presunción de que ciertas sepulturas hechas en vasijas á manera de jarras pudieran ser como trasunto de hábitos y costumbres egipcias, con mayor propiedad debería tal vez aplicarse al Japón, donde se ha podido comprobar el uso de semejante práctica. Más singulares resultan todavía las opiniones de algunos que, enamorándose ciegamente de las analogías entre las cosas del antiguo y del nuevo mundo, han querido, como Brasseur de Bourbourg, explicar el parentesco de ambas civilizaciones por la precedencia de la americana sobre la egipcia, doctrina muy aventurada, y que, á mi juicio, no obstante los argumentos utilizados por su autor, con dificultad resiste las serias impugnaciones de la moderna crítica.

Muchos de los que me oyen, quizás la mayor parte, conocen aquella otra teoría que, á partir del siglo XVII, defienden varios autores, que hablan de la preexistencia de la raza semítica en América, como resultado de la emigración que acaso verificaron las diez tribus perdidas en el cautiverio que llevó á cabo el Rey de Asiria, Salmanasar. Nuestra historia científica puede

vanagloriarse de poseer la obra muy curiosa, portento de diligente erudición, *Origen de los indios del Nuevo Mundo*, impresa en 1606, y en la que el P. Fr. Gregorio García resume no pocas de las opiniones emitidas sobre el particular, que juzga con prudente crítica, de la que también se vale para exponer diversos viajes antiguos, por ejemplo, los de fenicios, cartagineses y árabes. Ya escritores, como Solórzano y Pellicer, habían apuntado la idea de existir en las profecías de Isaías, Ezequiel y David, y en los textos de los Evangelistas el anuncio del descubrimiento de nuevas tierras, y Tomás Bocio, pretendiendo traslucir hasta el nombre de Colón en las palabras de Isaías, citaba de este Profeta las siguientes: «¿Quiénes son éstos que vuelan como nubes y como *palomas* á sus ventanas? Pues las *islas me esperarán* y las naves del mar en el principio, para que traigan á sus hijos de lejos, y su plata y oro con ellos.»

Ese pasaje y otros de la versión de los setenta, son toda la base de la suposición sobre la cual San Jerónimo, Hector Pinto, y hasta nuestro mismo Fr. Luis de León, disertaron ampliamente para averiguar si la frase *Insulæ spectabunt* significaba en rigor el presentimiento de nuevas tierras, ó si podría y debería entenderse tan sólo el anuncio profético, como la señal del deber que tenían los cristianos de propagar su doctrina por todo el mundo. Esta última hipótesis parece más juiciosa y sensata, y á ella se inclina el autor referido, que en otro libro de su importantísima obra expone, de conformidad con Gilberto Genebrardo, la opinión de que, verificado, como dije, el cautiverio en tiempos de Salmanasar, las diez tribus extraviadas pudieron ir á parar á la tierra de Arsaret, que asimilan á la Gran Tartaria, y, pasando el estrecho de Aniam, cerca del promontorio ó cabo que está en la última *Scithia* acostado sobre la mar, y al que Plinio llamaba *Tabin*, trasladarse á las regiones del Nuevo Mundo ó América. Las variadas analogías que pueden vislumbrarse entre las costumbres, prácticas y hábitos de los antiguos americanos y judíos, como el hecho de ser unos y otros medrosos, tímidos, poco caritativos é inclinados á la idolatría, objeto fueron de discretas observaciones por parte del autor citado, que á la vez examina las semejanzas, más ó menos admisibles, de ciertos preceptos

religiosos, de las leyes, los ritos, las ceremonias, los sacrificios, y hasta de la forma de enterramientos usados por unos y otros hombres, haciendo gala, sin embargo, en todo ello de gran independencia y elevación de criterio. Partidario más resuelto de la tesis que nos ocupa había sido, en cambio, el judío portugués Mena-esh-ben Israel, filósofo y teólogo que, apoyado en el relato de su compatriota Aharón Leví, (a) Antonio Montesinos, en la autoridad del P. Maluenda, y sobre todo, fundándose en el lib. 4.° de Esdras, que, aun cuando apócrifo, le merecía respeto, escribió la disertación que, con el dictado de *Esperanza de Israel* sobre el *origen de los americanos*, se publicó en Amsterdán el año 1650; y como no menos entusiastas defensores de respetable antigüedad de los judíos en América podríamos invocar los nombres de los ingleses Tomás Thororvgood y Adair, del suizo Spizellius, del alemán Heinius, de Mr. Lescarbot, y de algunos más citados en la relación de trabajos que al Congreso de Americanistas de 1881, en Madrid, hubo de ofrecer el Abate Mr. Louvot, expresándose con la prudente reserva que exige tan delicado asunto.

Descartando estos indispensables preliminares, importa que fijemos ya nuestra atención en cuanto se ha dicho y escrito respecto á las posibles relaciones de las razas tartáricas y polinésicas con las americanas. Al presentar en 1761 el famoso De Guignes á la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París su obra, acerca de las navegaciones de los chinos, quedó planteado el problema de la posible arribada que éstos pudieron hacer por el lado NO. del nuevo continente, y no debe, por lo mismo, extrañar que, con tal motivo, hayan sido también opuestos y encontrados los pareceres. Recordaba De Guignes la narración del historiador chino llamado Li-yu-tcheu, quien refiere que en el año 458 de nuestra era cinco monjes budhistas partieron de Samarkanda, con encargo de difundir la célebre doctrina del solitario Sakya-muní ó Budha, que lograron llevar hasta el país de Fu-sang (1). En el itinerario marítimo, que parece comenzar en las costas de Coréa, se dice lo siguiente: «que

(1) A. de Humboldt en su *Histoire de la Géographie du nouveau continent* y otros AA. al hablar del país de Fu-sang y del monje budhista que, principalmente trajo noticias, llaman á éste *Hoëi-chin*.

caminando 12.800 *li* (1) se llegaba al Nippon», que el autor francés equipara al Japón, que 7.000 *li* al Norte, conducen luego al pais de Wen-chin y 5.000 al Oriente permiten llegar á Taan, de donde, navegando otras 20.000 *li* con igual rumbo, se tocaba «en la comarca del Fu-sang», que para De Guignes representa ó puede aplicarse á la América, en atención á que el país de Taan debía ser la península de Kamschatca, porque los escritores chinos afirman que esa tierra estaba rodeada por tres partes de agua, según todo lo cual no resulta para el autor citado inverosímil la creencia de que los chinos lograron descubrir la América, impulsados sus barcos por la famosa corriente negra de que hablan los geógrafos, y que en el Pacífico tanto ha contribuído para favorecer las comunicaciones por esa parte del mundo. Sin embargo, semejante opinión fué objeto de nuevo análisis por parte del eminente Klaproth, alemán erudito, para quien el itinerario de los misioneros budhistas no significaba, ni podía representar otra cosa, que un viaje de circunnavegación alrededor de la tierra del Japón. Esta teoría ha sido posteriormente impugnada por Guimet y algunos más que ilustraron la materia, observando que las distancias, según se expresan en dicha relación, é interpretándolas, como lo hacía Klaproth, dejan subsistentes muchos puntos oscuros y acusan deficiencias, que permiten mantener, hasta cierto punto, la teoría de De Guignes. Entre otras cosas, hay para ello la circunstancia de las maravillas extraordinarias, con que el historiador chino hizo mérito de los admirables portentos contemplados en el país del Fu-sang, y por eso modernamente ha prevalecido con más seriedad la opinión de que los mismos japoneses hubieran podido visitar los países americanos (2).

En fecha todavía no muy lejana (Diciembre de 1874) presen-

---

(1) *Li*, medida itineraria de los chinos, que algunos han considerado igual ó análoga á la milla, por más que no sea fácil determinar su verdadera extensión; pues, aunque otros sabios le asignan 576 metros de longitud, lo hacen por creer que hasta esa distancia alcanza la voz del hombre en tiempo sereno, que, según los chinos, era lo que servía de regla para la medida del *li*, y como en la equivalencia puede haber errores, claro es que las dificultades de apreciación aumentan en vez de disminuir.

(2) Merecen citarse los nombres de algunos célebres escritores que patrocinaron la teoría de que los pueblos del Este de Asia se hallaban en relaciones con los del Oeste de América; como son por ejemplo *Leland*, *Hipólito de Paravey*, *D'Eichtal*, *D'Hervey*, *Neuman*, *Vining* y otros.

taba ante la Sociedad Geográfica de Lyon el abate Jolibois interesante memoria sobre dicha tesis, acerca de la cual emitieron su juicio el mismo Guimet, ya citado, y el coronel Parmantier. Fundándose este último en el aspecto filológico, deducía del examen comparativo, hecho entre las lenguas orientales y las americanas, que, predominando en éstas los procedimientos que Humboldt había llamado polisilábicos y siendo muchos de los idiomas de la extremidad oriental del Asia lenguas de aglutinación, era verosímil, según él, que la transmigración de pueblos desde Asia hasta América se hubiese verificado en aquel remotísimo período, durante el cual las lenguas monosilábicas iban transformándose insensiblemente hasta adoptar procedimientos aglutinantes. Parmantier cita varios ejemplos y casos muy curiosos, que de propósito omito en su mayor parte, por no fatigar vuestra atención, y me limitaré á recordar las singularidades por él advertidas en el uso de dos plurales para las primeras personas por parte de uno y otro pueblo: plural destinado á la locución, «nosotros todos», ó distinto plural si se pretende significar, «nosotros algunos», y el empleo de la palabra china *Tchin* «*yo*» ó «*nosotros*», usada como sufijo de algunos vocablos, cuando á éstos se añaden ideas ó cualidades de noble linaje, lo cual se percibe en las lenguas orientales y en varias de América, por ejemplo; la mejicana, con la que dicho autor y otros pretenden descubrir bastantes vínculos de conexión. La crítica moderna, prudente y circunspecta, según exige la índole de tan delicado asunto, reduce hoy principalmente el problema á la cuestión de las posibles relaciones entre las diversas razas polinésicas y las primitivas americanas. En esos términos más generales, con tendencias más profundas y científicas, hubo de expresarse Mr. Allen ante el Congreso de Americanistas de 1883, celebrado en Copenhague, al que presentó concienzuda Memoria, encaminada á demostrar que, revelándose, como se revelan, analogías entre las poblaciones de uno y otro continente, á medida que se estudien mejor y con más profundidad las razas, las lenguas y antigüedades de los pueblos polinésicos, sur-asiáticos, y americanos se irán aclarando esas afinidades, que la geografía de aquel extremo del mundo permite considerar, como tan verosímiles y probables.

Pero, si es cierto que no resulta ilegítima la presunción de que existieran, desde antiguos tiempos, ó hubiesen podido existir relaciones entre Asia y América, si no parece tampoco muy aventurada la hipótesis de que la misma propaganda budhista, por la natural misión de extender sus máximas y preceptos religiosos, lograse llegar hasta las regiones americanas, en realidad por la costumbre adquirida de investigar y conocer preferentemente las cosas de nuestra Europa, donde hemos tenido el privilegio de que se desarrollen las grandes civilizaciones del antiguo mundo y de los tiempos medios, no cabe dudar que sus hechos provocan mayor interés, y á ella debemos ahora dirigir nuestras miradas.

II.

Ante todo, reflexionemos sobre el estado que presenta la ciencia en esos siglos, que corren desde el v al xv de nuestra historia, verdaderamente compleja, que, por lo mismo, ofrece hoy amplio y vastísimo campo de análisis sobre muchos puntos y cuestiones, que se juzgaban seguros é incontrovertibles; no obstante lo cual van siendo cada vez mejor depurados y esclarecidos.

No he de negar que la geografía y los conocimientos de la naturaleza permanecieron durante la primera mitad de la Edad Media en atraso lamentable, sin que apenas podamos recordar de aquellos tiempos alguna que otra obra, como, por ejemplo, la de *Mensura orbis*, de Dicuil; el *Tratado de la Administración del Imperio*, por Constantino Porfirogéneta; la *Descripción de Dinamarca*, por Adán de Brema, y el *Itinerario*, de Benjamín de Tudela, en las que penosa y difícilmente se habían reunido datos, con notable laboriosidad, propia del silencio de los claustros en muchos casos, como sucede en la escrita por el anónimo de Ravenna, cuyas noticias ó indicaciones adolecen, sin embargo, de graves defectos y obscuridad. Tengamos presente que en aquel largo y confuso período las relaciones de unos pueblos con otros habían quedado casi del todo interrum-

pidas, siendo muy de notar que dentro de la misma Francia un abate de Cluny, instado por el Conde Bourcard para fundar abadía de su orden en Saint-Maur-de-Fossés, no se atreviera á ello, por parecerle que los alrededores de París estaban demasiado lejos de su convento; que Guillermo, abad de San Benigno de Dijon, diera igual excusa al Duque de Normandía; que el mismo Vicente de Beauvais, en medio de las más altas miras con que, según veremos luego, ilustra la ciencia de su tiempo, careciese, no obstante, de noticias claras y precisas sobre los mares septentrionales de Europa, y que, cual expresión la más genuina y propia de aquella época, figuren libros, como el de *Cosmas Indicopleustes*, plagado de peregrinas afirmaciones, en el que tanto abundan los errores de geografía y cosmográficos.

Justo es reconocer que, para profesarlos, hubo diferentes causas. En primer lugar el atraso de los estudios, además el imperio de la costumbre y finalmente el gusto por lo maravilloso y las leyendas cristianas, á veces llenas de preocupaciones y extendidas á todas partes, como resultado de lo cual se censuraba la doctrina de los antípodas, que Lactancio, San Agustín, San Justino, San Ambrosio, San Basilio, Procopio de Gaza, Diódoro Tarso (1) y tantos otros combatían, rechazando casi todos los conceptos grandes y sorprendentes que la escuela Alejandrina y los más sagaces filósofos y pensadores de la antigüedad tuvieron la gloria de profesar.

---

(1) Lactancio y San Agustín negaron la existencia de los antípodas, por creer, según la escasa cultura de los tiempos, que pugnaba con la razón y las verdades de la Escritura. En cuanto á lo primero, no concebían que se hablase de seres y principalmente de hombres colocados en posición inversa de los de Asia y Europa, tachando cuanto á este propósito se había escrito de aventuradas hipótesis; pero lo cierto es que daban mayor importancia aún al segundo aspecto de la cuestión, porque, admitiendo la población humana en regiones apartadas, distantes y hasta opuestas de las conocidas, era imposible, á juicio de dichos autores, mantener la unidad de nuestro linaje; que desde el punto de vista religioso fué lo que principalmente trataron de explicar y sostener. Importa mucho reconocerlo así para no generalizar demasiado, como lo hacen algunos escritores pretendiendo haber sido doctrina de fe la forma plana de la Tierra, y algunas otras equivocadas ideas. Aparte de que en las mismas palabras de la Biblia se encuentran lugares que pueden interpretarse en el sentido de la esfericidad ó por lo menos de la redondez de la Tierra, no debe olvidarse que esta doctrina la dieron á entender de un modo más ó menos claro el mismo San Agustín, San Clemente papa, San Gregorio de Nazianzo, San Jerónimo, San Isidoro y otros.—Puede verse á este propósito la excelente obra del Padre Mir, *Armonía entre la Ciencia y la Fe*, página 306.

Si alguno, como Eusebio de Cesaréa, pretendía en sus comentarios á los salmos defender la redondez de la tierra, bien pronto se retractaba de ello para volver á la opinión admitida por la generalidad de los sabios. De igual modo, cuando Virgilio, obispo de Salzburgo, con menor cautela expuso públicamente la teoría de los antípodas, denunciábase el hecho por su rival en elocuencia, Bonifacio, y el Papa Zacarías, interviniendo en el asunto, obligaba al primero á que explicase mejor sus pretendidos errores. Desde entonces se reputó, como falsa doctrina, la de creer que existieran habitantes en distinto hemisferio del nuestro, y varios autores lo divulgaban así en sus obras (1).

Otra preocupación, bástante arraigada, contribuyó también mucho en los primeros siglos de la Edad Media para que los conocimientos geográficos tardaran en tomar el rumbo y la marcha que posteriormente siguieron, y fué la de suponer que la parte del hemisferio equinoccial, ó sea lo que llamamos zona tórrida, era inhabitable, por los extraordinarios calores que allí se dejaban sentir. En el siglo V Orosio, Philostorgo y Moisés de Korena, y en el VI Juan Philópono, gramático de Alejandría, negaban la existencia de habitantes en las inmediaciones de la línea equinoccial (2); pero, aun cuando por ésta y otras muchas

(1) Decimos que el Papa Zacarías exigió de Virgilio que explicase mejor sus pretendidos errores, y añadimos que la doctrina de los antípodas se consideró desde entonces como falsa y no herética, según otros la califican, por parecernos esto más ajustado á la fidelidad histórica; puesto que si el Pontífice llamó *perversa* á la hipótesis de los antípodas, fué porque algunos discípulos de Virgilio sostenían que tales hombres no procedían de Adán; pero las explicaciones que sobre el particular dió el Obispo acusado, resultaron plenamente satisfactorias, y lo prueba el hecho de que continuó mereciendo la confianza de la Iglesia.

(2) Juan Philópono, en su libro *De creatione mundi*, citado por Letronne, decía lo siguiente: «Algunas personas, aceptando una tradición absurda, han sospechado que el Océano Atlántico se reune en la parte austral con el mar *Erythreo*, lo cual es evidentemente falso, porque sería preciso que el primero se prolongase á través de la Lybia, y en la misma zona tórrida, donde es imposible que los hombres puedan navegar por el ardiente calor que allí reina.» De este error participaron Isidoro de Sevilla Gregorio de Tours y el venerable Beda. En el siglo XII Honorato d'Autun, Hugo Metello y Bernardo de Chartres renovaron estas antiguas teorías, y en la mitad del siglo siguiente, á pesar del progreso alcanzado en los conocimientos náuticos, Nicéforo Blemmydas afirmaba también que el calor de la zona tórrida era obstáculo insuperable para la navegación. Otro tanto pensaba Vicente de Beauvais y con él los jefes de la Iglesia y los representantes más autorizados de la ciencia. Uno de ellos, Alberto

referencias, que no sería difícil aducir, pudo despertarse el recelo de que se hubiera perdido por completo la esperanza de útil renovación para las más fundamentales verdades geográficas, es lo cierto, que, sin abandonar los tiempos llamados medios, y sobre todo á partir del siglo XIII, se presume el carácter y alcance que los conocimientos humanos ofrecen después en la edad moderna.

Poco á poco, merced al estudio más atento de los textos, al celo con que los traductores enriquecieron la erudición y principalmente á los esfuerzos generosos de espíritus elevados que supieron lanzarse en las vías del progreso, se consiguió inocular savia más pura y abundante en las escuelas cristianas, reviviendo así la Geografía, como los demás conocimientos humanos. Algunos de los antiguos errores desaparecieron, las verdades adquiridas se confirmaron, la Biblia no fué ya la única y exclusiva autoridad, llegando por este camino algunos doctores á manifestar que el escritor sagrado acomodaba su lenguaje á la inexperiencia propia de los tiempos, que sus textos podían interpretarse en diferentes sentidos y que por lo mismo era prudente rechazar todo lo que contradijese hechos ciertos y averiguados. De esta manera, Isidoro de Sevilla, aunque con discretas reservas, el venerable Beda, Raban Mauro, Scoto Erígena y muchos más no sintieron reparo en expresar ideas favorables á la esfericidad de la tierra, que desde el siglo XIII en adelante nadie se atrevía ya á contradecir. Más tarde triunfaba igualmente la teoría de la habitabilidad de la zona tórrida, figurando como sus más resueltos campeones y defensores Alberto Magno, á quien sus contemporáneos, por el extraordinario saber que logró atesorar, calificaban de hechicero, Pedro de Abano y Ores-

---

de Sajonia, pretendía que nos separaban de dichas regiones vastos desiertos, cortados por altas montañas, que tenían la propiedad de atraer la carne humana como el imán atrae al hierro. Pedro de Abano recogió igualmente estas ridículas fábulas, sin combatirlas, no obstante su merecida reputación de saber y firme juicio; y hasta en el siglo XIV Brunetto Latini, su ilustre discípulo el Dante, Nicolás Oresme, Mandeville y Boccacio sostienen que los calores excesivos impedían conocer una parte del universo. Añadíase á esto la preocupación también reinante sobre los inmensos peligros que al viajero amenazaban en el Océano, albergue de los más terribles monstruos, que devoraban las embarcaciones, y con todo ello natural era que los hombres careciesen de datos precisos sobre regiones inexploradas.

me, gran maestro del Colegio de Navarra, y autor del célebre *Tratado de la esfera*, dedicado á Carlos V (1). Aceptada la teoría, algunos maestros se encargaron luego de difundirla y enseñarla.

Pero más importante valor que á las rectificaciones hechas sobre dichos particulares debemos conceder á la creencia de varios sabios, que no vacilaron en hablar de nuevas tierras situadas más allá del Atlántico. En la antigüedad Cicerón, Macrobio y Marciano Capella aventuraban la existencia de otro continente, distinto del nuestro, y en el siglo XIII, *Geoffroi de Saint-Victor* y, sobre todo Alberto Magno, lo proclaman con resolución. Vicente de Beauvais, á quien San Luis encargó la redacción de un libro enciclopédico, sostiene en el *Spéculum quadruplex*, que hay una cuarta parte del mundo que no puede visitarse por los excesivos calores, es decir, que todavía este autor, mezclaba las ideas justas con las antiguas preocupaciones; pero aquel doctor admirable, Rogerio Bacón, maravilla de su tiempo y hombre, que, para gran número de las ramas del saber, adivinó muchas de las más grandes leyes, con que después se ha enriquecido el dominio de las ciencias físicas, fué quien expuso en términos claros y precisos la doctrina de que al Occidente de Europa debían existir tierras, y que era posible, por tanto, la relación del mundo antiguo con otro, presintiendo así, merced á tan maravillosa intuición, lo que más tarde intrépidos exploradores lograron evidenciar (2).

No influyó poco para que las nuevas teorías se generalizasen la persuasión de muchos, que, admitiendo antiguas opiniones,

---

(1) Alberto Magno, en su *Liber cosmographicus de natura locorum*, decía; que toda la zona tórrida era habitable. Pedro de Abano en el siglo XIV fué el más ingenioso propagador de la doctrina, declarando acerca de ella que en su tiempo no podía ya mantenerse incertidumbre sobre el punto combatido sólo por personas poco instruídas, y Oresme, que invocaba la autoridad de Avicenna, también negó que reinase en dicha parte del mundo el extraordinario calor, que otros autores suponían.

(2) Efectivamente, Rogerio Bacón en un famoso pasaje de su *Opus majus* afirmaba; que el mar no cubría las tres cuartas partes del globo, como era presunción general, y que desde la parte occidental de las regiones entonces conocidas hasta la India debía haber una superficie, que comprendiera más de la mitad de la tierra, vaticinando que llegaría momento de descubrirla en el espacio que separa la extremidad occidental de Europa y la oriental de la India. Imposible, ha dicho con profunda exactitud *Gaffarel* señalar mejor la posición de América.

imaginaban la distancia entre Europa y la India bastante más corta de lo que es en realidad. Aristóteles, tan estudiado y conocido de los más célebres sabios y famosos pensadores que florecieron en los últimos siglos de la Edad Media, había intentado demostrar la pequeñez relativa de la tierra, alegando que el horizonte de los lugares próximos á las columnas de Hércules se acercaba á las regiones orientales, separadas por la extensión de un mar continuo; pero dichos países, según él, no debían estar muy lejos los unos de los otros, cuando en ambos se encontraban elefantes y animales parecidos; sin reflexionar que la identidad de climas explica muy bien semejante analogía. De este modo, los escritores más familiarizados con el peripatetismo y la filosofía musulmana; Alberto magno, Santo Tomás y Rogerio Bacón se expresaron en términos casi iguales, afirmando el primero que desde el horizonte de los que moran cerca de Gades al de los Indios, no podía haber más que un mar de mediana extensión, el segundo sosteniendo que el Océano Atlántico tenía sus dos límites opuestos en las columnas de Hércules y en la extremidad del Asia, cuyas costas se hallaban no lejos de las de España y África. El tercero, desenvolviendo, con la notoria claridad de su espíritu, los argumentos de Aristóteles, procuró demostrar la posibilidad de la navegación entre los dos continentes, y por último, participando de la misma creencia Nicolás Oresme y Pedro de Ailly la extendían y enseñaban desde sus cátedras de París (1).

En suma, pues, el renacimiento de los estudios en el siglo XIII preparó dentro de las Universidades y de los claustros la materia que con tanta utilidad saben aprovechar los más entendidos cosmógrafos de centurias posteriores. Aquellas ideas, en cierto modo aventuradas, que pugnaban con las doctrinas y errores propios de los primeros siglos de la Edad Media, llegaron á ser objeto de análisis é interpretaciones, si no de la generalidad, puesto que tales verdades quedaban reducidas al conocimiento de algunas personas, por lo menos tuvieron eco en las que con sus luces influyen más en el progreso de la ciencia y de la vida.

---

(1) Nicolás Oresme, *Tratado de la esfera* (capítulo de los climas).—Pedro d'Ailly, *Imago mundi.*

Faltaba, sin embargo, que prácticamente pudiera sostenerse y acreditarse la existencia de tierras, hasta entonces incógnitas, y que afamados viajeros transmitiesen noticias exactas y positivas de sus descubrimientos. Los navegantes que al principiar la Edad Media temían separarse de las costas, más tarde desafiaron ya las embravecidas olas del Atlántico y del Báltico, debiéndose á ello las relaciones que se conservan de Wulfstan y Otero sobre los alrededores de Islandia é inmediaciones del Vístula las del uno, y respecto de la Finlandia, Suecia y Noruega las del otro (1).

III.

Pero precisamente de la región septentrional de Europa, de la península escandinava, cuyos ríos, según el dicho de Depping, deslizan su corriente en medio de arenas magnéticas, y el hombre bebe con aquellas aguas el hierro, que le obliga á ser más enérgico y resuelto, arriesgando peligros, por el incesante afán de explorar las soledades del Océano, fué de donde, en los siglos de la Edad Media, partió la notable serie de atrevidos navegantes, á quienes se deben muchas y memorables expediciones, que inmortalizaron sus nombres y conviene recordar. Suelo pobre y estéril el de Noruega, arrojaba fuera de sí gran parte de su excesiva población, sedienta de buscar en otros países alimentos y materias de consumo. Las quebradas costas del territorio, plagado de numerosos golfos ó *fiords* (2), no distantes de muchas y pequeñas islas, incitaban á la vida marítima y aventurera, despertando extraordinario amor por las empresas más difíciles, y

(1) El rey Alfredo el Grande de Inglaterra fué quien dió á conocer las noticias de esos viajeros, que aparecen insertas en la traducción que dicho monarca mandó hacer de la Historia Universal de Orosio, escrita en latín y vertida á la lengua saxona para conocimiento del pueblo británico.—Vivien de Saint Martin, *Histoire de la Géographie.*

(2) No consideramos ocioso advertir que, para mayor facilidad de pronunciación, sustituimos, según lo hacen también muchos de nuestros escritores, la letra *j*, después de consonante, que tan frecuente es en las palabras escandinavas, por la vocal *i*, como resultado de lo cual decimos, por ejemplo: *Fiords* y *Hiorleif*, en vez de *Fjords Hjorleif*, y así en los demás casos.

aquellos valerosos hombres, en un principio pescadores, después corsarios y arrojados piratas, verdaderos reyes de mar, procedentes de las nobles y más distinguidas familias, no vacilaban en tomar á su cargo la dirección de portentosas embarcaciones, algunas de las cuales conocemos hoy por los restos de la que existe en la Universidad de Christianía, y por los modelos ó dibujos que los sabios de la mayor parte de las naciones civilizadas tuvieron ocasión de examinar en la capital de Dinamarca, al celebrarse el Congreso de Americanistas de 1883. Barcos que, bogando sobre las aguas con la gracia del cisne, cuya forma imitaban, recibían de sus patronos los simbólicos nombres de dragones ó de serpientes; monstruos éstos, que verdaderos unos y fantásticos otros, veíanse de contínuo reproducidos en las extremidades de los buques, con el adorno de hermosísimos colores, ó con la brillantez del oro, de la plata y otros metales que solían enriquecerlos. Para comprobación de la magnificencia y extraordinario tamaño de muchos de ellos, varios autores enumeran el de Olaf Tryggvason, construído en los famosos astilleros de Thorberg, y que tan célebre fué en los anales del Norte, el del duque Hakon, el del rey Canuto, y los dos de Olaf el *Santo*, que podían llevar 200 hombres (1). Tal importancia alcanzó la marina, que se apreciaba como la carrera del honor y la fortuna, no permitiéndose el ejercicio de la piratería más que á los hombres de esclarecido linaje, de tal suerte que para los hijos de los reyes y grandes señores era un medio de ilustrarse y adquirir fama ante la patria. Cuando un príncipe llegaba á los diez y ocho ó veinte años pedía barcos á su padre para acometer gloriosas empresas, y semejante demanda repu-

---

(1) Depping, *Histoire des expeditions maritimes des Normands et de leurs expeditions en France au Xe siècle.*—La embarcación de Olaf Tryggvason, llamada *Larga Serpiente*, tenía, según los documentos históricos de los escandinavos, 140 pies de largo, 34 bancos de remeros y capacidad para 90 hombres. El barco del duque Hakon presentaba 40 bancos de remeros, el del rey Canuto 60, llevando en la popa, ya un león de oro, bien un dragón de bronce pulimentado, ó un toro furioso con cuernos dorados.—Torfœus describe un dragón brillante de oro y de una belleza incomparable; hablando luego de cuatro magníficos barcos, dice de uno de ellos que reflejaba por todo el Océano los rayos del sol.

Ya Tácito, en la antigüedad, manifestó que los Normandos, á los que llamaba *Suiones*, eran temibles por sus flotas.

tábase signo de valor y de grandeza de espíritu; las nobles doncellas de Noruega dispensaban su amor al héroe más intrépido y valeroso en el furor de los combates, é intervenian otras veces en éstos, trocando la blanca toca de lino por el casco, cubriendo sus espaldas con el *palium* del guerrero; provistas del escudo y blandiendo la lanza ó el hacha ofrecían singulares muestras de valor, que, idealizadas por la poesía, dieron origen á la maravillosa y sublime historia de las *Vírgenes del Escudo*. Los navegantes juraban por sus barcos, y al acercarse para ellos el último momento de la existencia, depositado su cuerpo y sus armas en la propia embarcación, y prendiendo fuego á ésta, pasaban á dormir el eterno sueño en los abismos del elemento, cuyos caprichos y furores, desde jóvenes, habían aprendido á desafiar (1).

Con tales antecedentes no debe sorprender la facilidad que los pescadores y piratas del Norte tuvieron para visitar las islas del Atlántico, recorriendo las Feröer, Shetland, las Órcades y las Hébridas. Un pirata noruego, llamado Naddodr, navegaba en 861 hacia las primeras, y desviándole la tempestad de su rumbo le llevó á 900 kilómetros de las costas de su patria, descubriendo una tierra, á la que, por encontrar cubierta de nieve, puso el nombre de *Snœland*, y aunque no tuvo medios de averiguar si aquel país era isla ó continente, elogiaba, al volver, el clima, las riquezas y la vegetación que había visto. A los tres años de ese viaje, el sueco Gardar, caminando hacia las Hébridas, fué impulsado por los vientos á las mismas playas de Islandia, donde pudo divisar grandes selvas, colocadas entre las montañas y el mar; allí pasó el invierno, construyó habitaciones en la bahía de *Husavika* (ó de las casas), y cuando á la primavera siguiente se alejaba de aquellos lugares, cambió el nombre de los mismos por el de *Gardarsholm*, ó isla de Gardar.

Posteriormente otro pirata célebre, Floki-Rafna, que creía descender de los antecesores míticos de Noruega, partiendo también de las Feröer, se dirige hacia la nueva isla, con ánimo ya de fundar una colonia, y la leyenda, que tan á menudo suele unirse á los hechos históricos, cuenta, que dicho piloto, como

(1) Depping, obra ya citada.

buen pagano que era, ofreció, antes de hacerse á la vela, un sacrificio al dios Thor, consagrándole tres cuervos que, por su vuelo y á manera de brújulas, pudieran señalar el derrotero más conveniente en la navegación. No lejos del punto de salida lanzó el primero de ellos que apresuradamente retornaba á las islas Feröer: pocos días después, Floki, sin torcer su camino, desprende la segunda de las aves, que remontada á gran altura, bien pronto caía en el mismo barco. El arrojado marino, implorando entonces la protección de los dioses, continuó su marcha hasta que dió libertad al tercero de los cuervos; esta vez el pájaro de Thor vuela hacia el N.; la nave de Floki en la misma ruta logra divisar la costa de Islandia, y el pirata, después de recorrer el Sur y Poniente de la isla, se establece en un fiord del NO., donde inverna, con pérdida del ganado por descuido en la necesaria provisión de forraje. Observando luego que el hielo cubría las costas, abandonó su propósito de quedarse en el país descubierto, al que puso el nombre de *Island* ó *tierra de hielo*, que hasta nuestros días ha conservado. Triste impresión produjeron en el ánimo del navegante los rigores del clima y las desgracias sufridas, expresándolo así ante sus compatriotas; pero dos hermanos, que le acompañaron en el viaje, pensaban lo contrario, llegando uno de ellos á manifestar que el país visitado era hermoso, florido y fecundo. Su versión hubo de prevalecer y, como resultado de ello extendíase por todas partes el rumor del hallazgo de una nueva tierra de azulado cielo, de invierno sin escarchas, con hermosas costas cubiertas de verdura, y las aguas llenas de salmones y ballenas. Así llegó á considerarse aquella región bendita de los dioses «donde el hombre podía vivir libre de la tiranía de los reyes y de los señores (1).»

Algunos años más tarde Ingolf, duque y pirata de renombre, que había arrostrado por la bella Helga, con quien casó más

(1) Gravier, *Decouverte de l'Amérique par les Normands.*

Se comprende bien la facilidad y repetición con que se efectuaban los viajes en la parte septentrional del Atlántico. La distancia que hay entre la costa meridional de Noruega é Islandia es relativamente pequeña y para recorrerla debían bastar ocho ó diez días, con la ventaja de servir, como estaciones intermedias, Shetland y Feröer. El hecho en sí, dice Vivien de Saint Martín, nada tiene de maravilloso, abstracción hecha de los testimonios positivos que atestiguan su realidad.

tarde, dos terribles duelos, emigraba de Noruega, llevando consigo las columnas ó pilares sagrados de su casa que arrojó al mar, prometiendo á los dioses levantar su morada, donde aquellas se detuviesen, y por ello, aun cuando al tocar en el Sudeste de la isla fijó su residencia en un punto bautizado con su propio nombre (Ingolfshofdi), mientras que un hermano suyo, Hiorleif, elegía al poniente sitio excelente para habitar y provisto de buenos campos de cultivo; pasados que habían tres años de permanencia en Islandia, supo el normando que los pilares de su casa se hallaban en cierto paraje del SO., en la bahía que lleva hoy el nombre de Faxe-Fiord, y allí se estableció definitivamente, echando los cimientos, aunque en posición menos ventajosa, de la ciudad de Reykiavik, que desde entonces es capital de la Islandia (1).

En realidad, la colonización de ese territorio, que tal nombre merece cuanto se refiere á los anales primitivos de su historia, se debe, como hemos visto, á las maravillosas aventuras, propias de pescadores y navegantes; pero hubo también otra causa, no menos eficaz, para que acrecentase en extremo el número de pobladores de la isla y fué la protesta y movimiento nacional de casi toda la Noruega contra el dominio absoluto y despótico de Haraldo Haarfager, que al reunir bajo su cetro las treinta y una pequeñas repúblicas en que estaba dividido el país, abolió sus antiguas y venerandas prácticas. Triunfante el monarca en la célebre batalla de Hafursfiord, muchas nobles y distinguidas familias prefirieron solicitar de Islandia (2) la libertad que su patria les negaba, y de este modo se forma en el nuevo país un Estado verdaderamente libre, que adoptó usos y

---

(1) Sobre la cima de Ingolfsfiæll se descubre aún, según afirma Humboldt, la tumba del fundador de la colonia islandesa, y cerca de Kielarnás se encuentran las ruinas de una casa construída en 888 por uno de los hijos del citado personaje.

(2) El golpe de Estado de Haraldo produjo la gran invasión, que los normandos realizan durante el siglo IX en la mayor parte de los pueblos europeos, puesto que no sólo arribaron á Islandia, sino que, como es notorio, de aquella época son las grandes irrupciones, que dichos hombres verifican, asolando las costas de Inglaterra, Francia y España, corriéndose luego al Mediterráneo; mientras que otros de esos emigrantes, como los célebres Othero y Wulfstan, ya citados anteriormente, penetran en el mar Blanco y llegan por el Volga hasta el Caspio al mismo tiempo casi que tribus de igual origen fundaban á Novogorod, se amparaban de Kiew y hasta ponían sitio á Constantinopla.

costumbres parecidas á las que con anterioridad habían existido en Noruega. Desde 930 todas las partes habitables del territorio insular fueron ocupadas, organizándose un gobierno republicano dotado de instituciones religiosas y políticas, análogas á las de la metrópoli, instituciones muy notables algunas de ellas y que se conservaron hasta 1261 (1) en que Islandia pasó á poder de Noruega.

El genio poderoso de la libertad y el no menos poderoso de la poesía habían hecho brillar las fuerzas del espíritu humano en los últimos confines del imperio de la vida, según la hermosa frase de Maltebrun, y, entre otras cosas, llama singularmente la atención el extraordinario desarrollo que la lengua danesa ó *Nordika* tomó en Islandia, de donde proceden los monumentos más curiosos de la antigüedad escandinava, monumentos que hoy representan la fuente histórica de mayor precio para conocer las aventuras y peregrinaciones que los normandos emprenden hacia otras regiones occidentales, con la suerte de poner su planta en tierras hasta entonces desconocidas. Aquella lengua, dulce, sonora, sencilla y enérgica, de la cual ha dicho Marmier que no tiene la dureza de las sílabas germánicas, ni el soplido perpétuo del inglés, aquella lengua que hoy se habla en el interior de la isla, casi como en los tiempos de Ingolf, sirvió para extender la cultura sumamente rica y prodigiosa de los islandeses, y por el testimonio de sus historias podemos hoy concebir el grado de perfeccionamiento y progreso que tales hombres lograron alcanzar. Se sabe que el clero podía oponer su veto al matrimonio de una mujer poco instruída, y que no se administraba el sacramento de la confirmación á los niños, sin justificar previamente que sabían leer y escribir, en lo cual, lo mismo que en religión y moral, las propias madres imponían á sus hijos antes de que fuesen á la escuela. El vulgo estaba familiarizado con la lectura de los monumentos literarios, y á este propósito refiere el mismo Marmier, que hallándose un día estudiando en Reykiavik la *Saga*, de Nial, una de las más célebres

(1) Mr. Jules Leclercq en un trabajo histórico que sobre los islandeses y sus descubrimientos geográficos publicó en 1882 la *Société royale Belge de Géographie*, fija la fecha de incorporación de Islandia á Noruega en 1264; pero Gravier, Geffroy y la generalidad de los autores están conformes en referir el hecho á 1261.

y conocidas, le sorprendió la hija de un pescador encargada de la provisión de pescados y de aves marítimas, la cual al verle exclamó: «Ah, yo conozco ese libro que he leído muchas veces cuando era niña» señalando en seguida los más bellos pasajes de la obra. Con razón añade dicho autor: «¿Sería posible encontrar una artesana de París que conociese, por ejemplo, la crónica de Saint Denis?» Esto comprueba el diligente esmero con que las tradiciones de los islandeses fueron conservadas, transmitiéndose, bajo la forma oral, como acontece en la mayor parte de los pueblos, hasta que más tarde, difundidas las doctrinas cristianas por la isla, se extendió con ellas el uso de la escritura y el empleo de los caracteres romanos, tomando desde aquel instante la literatura su más poderoso vuelo. Los antiguos poetas y cantores, *Scaldas*, recitaban las *Sagas* en las reuniones públicas y en el seno de las familias; nobles y guerreros, con usos y costumbres semejantes á las de los trovadores de Provenza, abandonaban su hogar en busca de maravillosas hazañas que, observadas en uno y otro país, referían después como testigos de cuanto en sus peregrinaciones y viajes pudieron aprender y contemplar.

Tan remota y notable literatura, que en un principio fué esencialmente poética, como lo revelan sus viejos *Eddas*, no tardó en modificarse, adoptando el lenguaje sencillo de la prosa, del que se valieron afamados escritores para consignar y transmitir hechos de su tiempo, que con minuciosa fidelidad han llegado la mayor parte de ellos hasta nosotros. Los monumentos históricos de la civilización islandesa son por demás interesantes. Tres de las más celebradas obras exigen mérito singular (1). Llamábase la primera *Libro de la ocupación*, por referir las empresas colonizadoras de la isla, y habiendo comenzado á escribirla Aré Frodhé á fines del siglo XI, la prosiguieron después hasta el XIV diferentes autores: en ella se encuentran los nombres de 3.000 personas y 1.400 localidades (2). La segunda forma una especie de proemio al *Libro de la ocupación* y puede

(1) Los nombres especiales de estos monumentos, según el orden con que los referimos, son los siguientes: el *Landnamabok*, el *Islendingabok* y el *Heimskringla*.

(2) La Sociedad de Anticuarios del Norte, en Copenhague, ha publicado del *Libro de la ocupación* dos traducciones, una en danés y otra en latín.

estimarse como resumen de otra perdida obra histórica mucho más considerable. En cuanto á la tercera, que lleva el nombre de *Orbe del mundo*, se asegura que fué escrita en el siglo XIII por Snorre-Sturleson, el Cicerón de la Islandia, y reune, además de los anales de ese país, los de otros pueblos entonces contemporáneos. Dichas relaciones históricas, ó primitivas *Sagas*, debieron escribirse en el siglo XII, según la generalidad de los críticos, aun cuando otros fijan su redacción en tiempos posteriores (1), mas lo cierto es que fueron insertas en el Códice Flateyense (2) que Sveinson, Obispo de Skalholt, á mediados del siglo XVII, facilitó á Federico III, rey de Dinamarca, quien apercibido de las incorrecciones de dicho monumento, encargó al célebre islandés Thormod Torfesen (Torfæus) que interpretara los pasajes obscuros y difíciles, verificado lo cual, lograron las obras de dicho escritor justa y merecida fama, llegando á reputársele como primera y competente autoridad histórica en la materia. El interés por ese linaje de cuestiones aumentó mucho más en nuestro siglo, y como prueba de ello, debe recordarse el hecho de que, al publicar en 1837 el ilustre profesor Carlos Rafn su memorable libro de *Antigüedades americanas*, tuvo el privilegio de verle, casi inmediatamente, traducido á todas las lenguas europeas, incluso la nuestra (3). Por otra parte, la Sociedad de Anticuarios del Norte encargó á una comisión particular el estudio de los documentos escandinavos, concernientes á la Amé-

---

(1) El escritor norteamericano Eben Norton Horsford, en su obra *Discovery of America by Northmen*, «Descubrimiento de América por los normandos.—Memoria escrita con motivo de la inauguración de la estatua de Leif-Eriksen en Boston», sostiene en uno de los apéndices de tan interesante libro que las *Sagas* fueron redactadas entre 1387 y 1395; pero estas fechas parecen más bien corresponder á la época en que tan antiguos documentos se transcribieron al Códice de que inmediatamente se habla.

(2) Así llamado de la isla de Flateya, situada en uno de los *fiords* de Islandia, y donde se conservó mucho tiempo hasta que el citado Obispo lo remitió al Rey de Dinamarca. Tan preciada joya histórica es además un modelo curiosísimo de caligrafía escandinava, que hoy se conserva en la Biblioteca de Copenhague. Á la redacción de ese manuscrito corresponden las fechas antedichas de 1387 y 1395, y de él inserta Horsford en su obra un esmerado *facsimile*.

(3) El libro se intitula *Antiquitates americanæ sive scriptores septentrionales rerum antecolumbianarum in America*, y de él existen, que sepamos, dos traducciones hechas en lengua castellana, la de D. José Vargas, 1839, y la de D. José Pidal (Madrid, 1840).

rica, y favoreciendo así el portentoso renacimiento histórico nacional que se efectuaba, no maravilla en verdad, que, conocidas é impresas ya las *Sagas* se multiplicaran con prodigio sus análisis y comentarios, y apareciesen desde entonces muchas é importantes obras sobre los viajes de los normandos (1). Ellas nos servirán ahora de guía para referir y avalorar las exploraciones y descubrimientos que tan intrépidos marinos realizaron en diferentes parajes del Atlántico.

IV.

Pocos años habían transcurrido desde que los Noruegos fun-

(1) Tarea algo difícil, aunque por extremo útil para el esclarecimiento de los temas precolombinos, sería la de puntualizar todos los trabajos que respecto al particular han visto la luz pública en nuestro siglo; pero al menos procede que, como ilustración bibliográfica, citemos algunos de los más principales.

En Escandinavia además de los libros de Rafn y de las Memorias redactadas por la Sociedad de Anticuarios del Norte, figuran las obras también notables de Finn Magnussen y Munch.

Á Francia se debe, entre otros escritos, los del infatigable Mr. Beauvois, *Decouvertes des Scandinaves en Amérique du Xe au XIIIe siècle*, 1859, variedad de Memorias presentadas á los congresos de americanistas en Nancy, 1875; Bruselas, 1879; Madrid, 1881; Copenhague, 1883, y profusión de artículos insertos en anales y revistas: los trabajos de Mr. Gravier, *Decouverte de l'Amérique par les Normands au Xe siècle*, 1874.—*Les Normands sur la route des Indes.—Academie de Rouen*, 1880, y finalmente, los estudios de Mr. Gaffarel, *L'ile des Septs cités et l'ile Antilia.*—Congreso de Americanistas de Madrid, 1881.—*Les Irlandais en Amérique avant Colomb*, París, 1890, y la recientísima é interesante obra ya citada, *Histoire de la decouverte de l'Amérique, depuis les origines jusq'à la mort de Cristophe Colomb*, París, 1892.

Requieren también mención especial los norteamericanos Eben Norton Horsford, citado anteriormente, B. F. de Costa y Marie Brown, autores respectivamente: el primero, de *Discovery of America by Northmen*, Boston, 1888, y *The problem of the Northmen*, Cambridge, 1889; el segundo, de *Decouverte de l'Amérique avant C. Colomb par les hommes du Nord*, Londres, 1869, y el tercero, de *The Icelandic Discoverers of America*, 1888.

Sabios daneses como Brynjulfson Loffler y M. J. Steenstrup, presentaron respectivamente al Congreso de Americanistas de Copenhague (1883), entre otros trabajos, los siguientes: *Jusq' où les anciens Scandinaves ont-ils penetré vers le pôle arctique dans leurs expeditions à la mer glaciale*, *The Vineland-excursions of the ancient Scandinavians* y *The old Scandinavian ruins in the district of Julianchaab South Greenland.*

Sabido es, además, que el eminente Humboldt en su tomo II del célebre *Cosmos* y en su *Histoire de la Géographie du nouveau continent*, examinó ya los viajes de normandos é irlandeses en el Atlántico, así como también de los primeros hace sucinto mérito Vivien de Saint Martin en su afamada *Histoire de la Géographie.*

De nuestra patria podríamos citar, como escritores que han tratado de la materia, á D. Pedro Novo y Colson en su *Historia de las exploraciones árticas*, D. Ricardo Beltrán y Rózpide, *Viajes y descubrimientos efectuados en la Edad Media*, y algunos más.

daron sus primeros establecimientos en Islandia, cuando en el mismo siglo IX, un tal Gunnbiorn divisaba, corriendo el año 877, las blancas cimas que coronan la rivera oriental de la Groenlandia (1), separándose pronto de aquellos sitios, que en largo tiempo nadie intentó visitar, como resultado tal vez de las fantásticas exageraciones á los mismos aplicadas. Deciase, entre otras cosas, que un valeroso noruego, acompañado de una cabra, había recorrido grandes bancos de nieve, logrando contemplar después enormes encinas con bellotas como hombres, tremendos gigantes y espantosas rocas de hielo que destrozaban las naves, única particularidad cierta esta última en medio de tantos otros absurdos, que debieron influir no poco para contener á los hombres del Norte, durante algunos años, en su inmoderado afán de nuevas y lejanas expediciones. Más tarde, Erik Rauda, *Erico el Rojo*, desterrado de Islandia en 983 por homicidio, sin fiarse mucho de tan hiperbólicas referencias, se lanzaba en la dirección de las tierras vistas por Gunnbiorn, consiguiendo percibir la costa oriental de Groenlandia en el grado 64 de latitud septentrional, donde no se detuvo; proseguía luego su viaje por el Sur, doblaba el cabo que hoy llamamos Farewell (2), y últimamente vino á fijar su residencia sobre la costa occidental en el fiord de Igalikko, que denominó Eriksfiord, con la esperanza sin duda de perpetuar el recuerdo de su persona. Allí principió entonces la construcción de un vasto edificio, adosado á una roca, al que puso el nombre de Brattahlida, lugar de los más célebres entre los que islandeses ó normandos formaron en tan apartada extremidad septentrional (3). La región presen-

---

(1) Torfœus, *Gronlandia antiqua*.

(2) Los antiguos islandeses le llamaron Hvarf, palabra que significa la punta donde se vuelve; y, efectivamente, al llegar allí los barcos cambiando su ruta, se dirigían al NO. y continuaban hacia el N. á lo largo de la costa occidental (Brynjulfson, Congreso de americanistas de Copenhague, 1883).

(3) La estancia de Brattahlida fué sucesivamente habitada por Erico, su hijo y su nieto: además, mientras duró la colonia en Groenlandia, servía de residencia al *logmen* ó supremo magistrado. También dicha morada fué teatro de algunos más hechos notables. (Memoria de la Sociedad Real de anticuarios del Norte, 1845-1849.)

Mr. Jorgensen, según Gravier, sostenía haber encontrado las ruinas de dicho edificio, y por sus proporciones comparábalo á una ciudad entera, asegurando representar un trabajo inmenso; pero la verdad es que semejante punto de arqueología permanece aun sometido á las diferentes interpretaciones de la moderna crítica. Desde

taba aspecto más favorable que las costas de Levante, y, á pesar del fatídico nombre de Tierra de desolación con que Davis la bautizó en 1585, sus valles debían producir suficiente hierba para alimentar numerosos ganados, ó al menos así puede inferirse del examen de varias ruinas descubiertas á lo largo del fiord. Provistas las montañas de abundante musgo por el lado del Norte, ofrecían en la vertiente meridional pequeños bosques de hayas, sauces y abedules, con algunas legumbres y pastos, útiles para sostener gran número de reses vacunas, y por

---

que en el primer tercio del siglo pasado se trasladó á Groenlandia el sacerdote noruego Hans Egede, con el fin de evangelizar á los que suponía descendientes de Erico, lo cual negó con posterioridad por el estado salvaje en que se hallaban, según él, los pobladores de dicha región, se han practicado muchas investigaciones para determinar la verdadera posición de Brattahlida; pues aunque la generalidad de los autores la fijan en el lado occidental de Groenlandia, otros hay que pretenden todavía buscarla en la parte de Levante, donde se dice que existieron establecimientos noruegos é islandeses. Mr. Steenstrup, ya citado, en la erudita Memoria que leyó ante el Congreso de americanistas de 1883 en Copenhague, sobre *las antiguas ruinas escandinavas en el distrito de Julianehaab,* consigna la importancia del examen cuidadoso, que de los restos arquitectónicos verificó en 1880 y 1881 el teniente Holm, á quien se debe la descripción interesante de dichas ruinas, cuyo valor aumenta al contemplar las esmeradas reproducciones hechas por el arquitecto Groth. De tales pesquisas resulta que la construcción de la iglesia de Julianehaab es de piedra escogida y algo cuadrada, pero no muy regular, cimentada con argamasa y arena, y se considera como la única ruina de tal género hasta hoy descubierta. Los demás vestigios pertenecen á mansiones que se hicieron, apilando rocas de gran tamaño. Las casas estaban formadas con habitaciones rectangulares, y su arquitectura es parecida á la de los edificios de la antigua Islandia. Entre todas las ruinas halladas, las más importantes y características son de antiguas casas de ganado, que consistían en departamentos también rectangulares, separados por grandes alineaciones de piedra á imitación de las de Islandia, de todo lo cual infiere Steenstrup que los viajes desde esa isla á Groenlandia se realizaban generalmente navegando en dirección Sur, y al llegar al cabo Farewell es verosímil que las embarcaciones remontasen la costa occidental de Groenlandia; así opina que el actual distrito de Julianehaab corresponde á los establecimientos de los escandinavos en la parte de Poniente. Los dibujos de antiguas construcciones que se suponen normandas, y el mapa que de parte de dicha costa presentó el indicado autor al Congreso de americanistas ya dicho, insertos unos y otro en el tomo correspondiente de actas, bien merecen ser examinados.

En cuanto á las fundaciones de la costa oriental, ya Nordenskiold sostuvo que no se habían descubierto, por más que pudieran estar en la inexplorada región que se extiende entre los 65 y 69° de latitud N. Steenstrup pensaba que de las investigaciones relativas á la costa oriental de Groenlandia era imposible deducir aún resultados satisfactorios, como no fuese para evidenciar, al cabo de algún tiempo, que los llamados establecimientos del Este deben buscarse en otro lado. Recientemente, sin embargo, ha surgido de nuevo la cuestión que algunos sabios resuelven en sentido afirmativo.

tanto se explica bien que Erico, al volver á Islandia, estimulase á sus compatriotas para que le siguieran, ponderándoles el país por él visitado al que llamaba Tierra verde, que tal significa el nombre de Groenlandia, que aun conserva, por más que sus actuales condiciones físico-geográficas parezcan no revelarlo (1). En el mismo año que Erico regresaba á su mansión de Brattahlida, treinta y cinco navíos islandeses partían hacia Groenlandia, muchos se pierden en las tempestuosas borrascas del Océano, catorce, sin embargo, logran llegar á su destino, y de este modo principia á formarse una colonia, que su fundador organizó, dotándola de instituciones republicanas como las de su patria. Progresivamente, á medida que las circunstancias del clima lo permitieron, se multiplicó allí el número de habitantes, y dos siglos más tarde, según afirman varios eruditos, podían contarse hasta 8.400 (2), y en opinión de otros llegaban á 10.000, distribuídos en 280 establecimientos.

Antes de ello se habían realizado ya nuevas peregrinaciones y descubrimientos, gracias á la intrepidez de Biarne, hijo de Heriulf, jóven de grandes esperanzas, por la resolución con que falto de medios, afrontaba los mayores peligros de temerarias empresas marítimas. Cuentan las Sagas del Códice Flateyense que el arriesgado mancebo salió de Noruega en 986 para unirse á su padre que moraba en Islandia, y cuando supo que éste con Erico habían partido para ignota región Occidental, sin descargar la nave, emprendió nuevamente la marcha diciendo á sus compañeros que el viaje era insensato, porque ninguno había visto el Océano Groenlandés. En aquellas aguas, donde los grandes témpanos de hielo cierran frecuentemente el paso á las sólidas embarcaciones de nuestros días, provistas de instrumentos de admirable precisión naútica, con las imperfectas noticias que el piloto tenía del país desconocido, sin más guía

---

(1) Efectivamente, el sitio de Igaliko ó *fiord* de las casas abandonadas, que mide una extensión de 3 á 8 kilómetros, es paraje que hoy presenta carácter muy particular. Los *fiords* de Groenlandia, al revés de los de Noruega, están invadidos por grandes glaciales ó neveras, cuyo avance contínuo ha cambiado completamente el aspecto de dichos lugares, á los que Erico dió el nombre de Tierra verde, y en la actualidad mejor merecen el de Tierra de desolación, que le puso el marino Davis. Isaac Hayes en la *Tour du monde*, y Gravier, *Decouverte de l'Amérique par les Normands.*

(2) Brynjulfson, Congreso de Americanistas de 1883.

que la luz de las estrellas, el buque de Biarne, bogando con fortuna en las tres primeras jornadas, hallóse de súbito envuelto por espesa niebla é impulsado á la vez por fuerte viento del N., que durante algunos días y noches le hicieron zozobrar. Al reaparecer el sol, pudo el viajero distinguir en el horizonte la visible señal de una comarca, y, próximo á ella, reparando que estaba cubierta de pequeñas colinas y bastantes selvas, exclamó: «*verdaderamente no está aquí lo que buscamos; pues aseguran que las montañas de Groenlandia son altas y muy cubiertas de nieve.*» Después de otro día y noche de navegación divisaron cierto territorio llano, poblado de árboles, en el que los marinos solicitaban renovar sus provisiones; pero, replicándoles el capitán «*no lo pasaremos bien aquí*», vuelven á internarse en alta mar. Pasados tres días más los navegantes, merced á vientos del SO., percibieron una isla, cubierta de nieve y grandes masas de hielo, que les pareció estéril, y al cabo de poco tiempo (1), favorecidos por aires bonancibles, reconocen el aspecto de no lejano país, que sobre cielo sombrío destacaba las blanqueadas cumbres de sus altas montañas. Tenían ya la dicha de hallarse á la vista de Groenlandia. Bien recibido el audaz peregrino por su padre y por Erico no intentó sacar partido de sus descubrimientos, que con abundancia de pormenores refería á los numerosos huéspedes que le visitaban, atraídos por la fama de tan maravillosa expedición. A poco tiempo regresó Biarne á Noruega, y un personaje de la Córte censuraba con dureza que no hubiese examinado mejor aquellos países que los azares de la navegación le permitieron contemplar.

Efectivamente; por el probable derrotero del viaje, por la posición y caractéres de las tierras indicadas, parece verosímil que Biarne y sus compañeros se acercaron á las playas americanas. No faltan escritores modernos que, discurriendo sobre el

---

(1) La generalidad de los historiadores, entre ellos Leclercq, Gaffarel y algunos más, fijan cuatro días para esta última parte del viaje marítimo de Biarne. Mr. Beauvois en su traducción de las Sagas islandesas había dicho tres días. Mr. Gravier asigna únicamente dos, guiado por la siguiente versión de Rafn: «*Sic cum biduum et binoctium navigassent quartam terram conspexerunt.*»

particular, señalan equivalencias geográficas más ó menos aceptables (1); pero los datos que el marino reveló acerca de los días de navegación, de las sucesivas direcciones del buque y otros accidentes de importancia son tan vagos é incompletos, que no autorizan en modo alguno para sostener opiniones fijas y seguras en la cuestión.

La obra comenzada debían, sin embargo, completarla los descendientes de Erico. Hijo de éste era Leif, á quien los historiadores antiguos representan como hombre de elevada estatura, robusto, bello, de gallarda presencia, prudente y moderado (2), amante de largas expediciones, ganoso en fin de imaginada gloria, que inmortalizase su nombre. Vivía en la corte del rey Olaf de Noruega, cuando éste, recien convertido al cristianismo, se esforzaba en difundir la ejemplar doctrina por todo aquel territorio y los países inmediatos, algunos de los cuales, como Islandia, teatro fueron de violentas persecuciones y martirios. Creyó el monarca reconocer en Leif los característicos rasgos de persona instruída y animosa, cuya benevolencia fácilmente obtuvo, consiguiendo también que éste y sus partidarios adoptasen la nueva religión, verificado lo cual, el rey le comisionaba para evangelizar á los habitantes de Groenlandia y en primer término á Erico y su familia. Aferrado éste al paganismo y á las antiguas prácticas odínicas, resistió cuanto pudo las cariñosas exhortaciones de su hijo, para quien no fué difícil atraerse, en cambio, la voluntad de su madre y de sus hermanos, que pronto recibieron las aguas del bautismo, y por la piedad de tan distinguida señora se construyó allí la primera iglesia cristiana á donde ella acudía frecuentemente para el rezo de sus oraciones,

---

(1) Geffroy, declarando que Biarne y los suyos llegaron á las costas de América, no vacila en sostener que descubrieron el río San Lorenzo. Gravier, basado en los testimonios de Kohl y de Rafn equipara las cuatro estaciones recorridas por el marino á las comarcas de Nueva Inglaterra, Nueva Escocia, Terranova y golfo de Maine. Leclercq creía que los territorios vistos eran los de Nantuket, Nueva Escocia y Terranova; mas, por lo mismo, no es posible hacer afirmaciones categóricas; pues el continente que los Normandos encontraron marchando hacía el Oeste, quizás sería parte de las costas del Labrador ó bien de los modernos Estados Unidos, y en cuanto á la isla, podría corresponder, en opinión de Gaffarel, á Terranova, ó á cualquiera de las situadas en los estrechos de Davis y de Hudson.

(2) Snorre Sturleson. Heimskringla.

extremando, no obstante, su celo de neófita hasta el punto de cortar, según algunos historiadores, toda relación y trato con su marido (1).

V.

Pero si, merced á la entusiasta propaganda de Leif y de los religiosos que le acompañaron á Groenlandia, alcanzó el primero entre los Normandos singular prestigio, no era menor la fama con que debiera coronarle el destino por su calidad de intrépido navegante y descubridor del continente americano. Cuando la mayor parte de los pueblos europeos sentíanse heridos de cruel espanto á la llegada del temeroso año mil de nuestra era, en el que, según aciagos vaticinios, debía sobrevenir el juicio divino y la muerte de todos los hombres, creencia con la cual se agotaban los gérmenes de actividad y de vida en las naciones de nuestro continente, un viajero y marino tan esforzado como Leif, acomete desde las regiones más septentrionales la empresa de buscar en las soledades del Atlántico los países que su predecesor dejara sin explorar. Habiendo comprado á éste su barco y seguido de 35 hombres, sin otra guía tampoco que las estrellas y las noticias de Biarne, que le acompañaba, confió su fortuna á los caprichos del Océano, para verificar, como ha dicho Khol, verdadero viaje de descubrimiento, no ya insegura peregrinación marítima de un hijo en busca de su padre. Primeramente los expedicionarios encontraron la región llana, pedregosa, desolada, cubierta en muchos parajes por montañas de nieve, que Leif no quiso abandonar sin ponerle antes nombre, como lo hizo, aplicándole el de Helluland (2), á consecuencia de la esterilidad allí observada. Después distinguieron otro

---

(1) Rafn y Beauvois, este último en sus «*Origines et ondation du plus ancien eveché du Nouveau Monde*».

Respecto á la más ó menos inmediata conversión de Erico tampoco están conformes los AA.; pues mientras la generalidad habla de la resistencia que á ello opuso, y no falta quien, apoyándose en el libro *Particula de Groenlandis*, sostiene que Erico murió antes de introducirse el cristianismo en su nueva patria, hay otros escritores que, fundados en la Saga de Olaf Trygvasson, afirman que dicho personaje recibió el bautismo al propio tiempo que toda su colonia.

(2) Este nombre significa propiamente *Tierra pedregosa*.

territorio bajo, formado de montículos de arena blanquecina; detrás de él se hallaban inmensas y dilatadas selvas, circunstancia por la que Leif le llamó Markland ó Tierra de los bosques. Trascurrieron dos días más de navegación, y favorecida ésta con suave viento del N.E., llegaron los normandos á una isla, separada del continente por estrecho muy peligroso, cerca de la cual parecía dibujarse la extremidad de otra tierra peninsular, que terminaba en promontorio ó cabo: sobre la parte continental descubríanse corrientes aguas, saliendo de tranquilo lago. Aunque las mareas de aquellos sitios eran tan vivas que, cuando descendían, quedaba el barco en seco, no tuvieron los tripulantes la necesaria calma para esperar el reflujo, y una vez puesto el pie en tierra, apresuráronse á tomar posesión de ella, según las prácticas escandinavas, encendiendo grandes hogueras, cuyos vivos resplandores pudieran verse desde lejanas orillas; ó bien señalaban con golpes de hacha los árboles y rocas encontradas á su paso. Resueltos á permanecer allí durante el invierno, construyeron barracas de madera, á las que denominaron Leifsbudir ó casas de Leif. En el río y el lago abundaban hermosos salmones, el clima era dulce y apacible; apenas se conocían las heladas, y la fresca hierba conservaba su verdor y lozanía en la mayor parte del año. Terminados los sencillos trabajos de edificación, los inmigrantes quisieron reconocer el país, distribuyéndose al efecto por las tardes en grupos, con orden expresa que el jefe les dió, de que al acercarse la noche tornaran á sus hogares. Perdióse, sin embargo, en uno de tales paseos cierto expedicionario, alemán de origen, lamado Tyrker, que con Leif había compartido desde la niñez los entretenimientos de la infancia y los placeres de la juventud, y después de revelar éste el disgusto que su extraña tardanza le causara, Tyrker contestó lo siguiente: «No me fui tan lejos como suponéis; en cambio, os traigo algo nuevo, porque he descubierto viñas cargadas de uvas.» Tan feliz hallazgo sirvió para que al país, hasta entonces desprovisto de nombre, le pusiera Leif el de Vinland, que significa tanto como Tierra del vino (1). Además hicieron la observación astronómica de que

(1) Á esta particularidad se debe principalmente el que cuando regresó Leif á

allí el día más corto comenzaba á las siete y media de la mañana, terminando á las cuatro y media de la tarde, lo cual daba para el mismo una duración de nueve horas de sol en el horizonte. Llegada la primavera, cuando los vientos fueron favorables, Leif, con su gente, determinó regresar á su patria; cargando la nave de pieles, maderas y uvas, hicieron la travesía sin contratiempo; próximos á Groenlandia, el marino tuvo la suerte de salvar la vida á 15 náufragos de un buque que se hallaban á punto de perecer, y unido esto á los demás éxitos del viaje, le valió el que sus compatriotas le pusieran el sobrenombre de *Afortunado*, con que desde entonces se le recuerda en la Historia.

Abierto quedó ya el camino para nuevas expediciones, y de regreso Leif en Groenlandia todos se afanaban por ponderar su valor y su fortuna. La gloria de los descubrimientos realizados transmitíase ingenuamente, sin que por lo mismo deba extrañar que Thorwald, otro de los hijos de Erico, aceptando los consejos del hermano, y la ya célebre nave de *Biarne*, se decidiese á recorrer con ella los lugares que Leif acababa de visitar. Emprendió aquél su marcha en 1002, acompañado de 30 hombres, y si bien se desconocen las particularidades de la travesía, consta que el navegante pasó el invierno en las barracas de Leifsbudir, y al llegar la primavera comenzaron en la parte meridional de Vinlandia los trabajos de inspección, que á los nuevos huéspedes les permitió observar bella región, cubierta de bosque, separada de la orilla por estrecha faja de arena blanca. El mar parecía esmaltado de pequeñas islas, vírgenes, en su mayor parte, de toda huella humana y de animales, á excepción de otra más extensa, por el lado occidental, donde percibieron una granja de madera, con lo cual ponían término á sus averiguaciones, regresando durante el otoño á Leifsbudir (1). En el verano siguiente Thorwald y algunos de los suyos emprenden la exploración de

---

Groenlandia se extendiera con rapidez por varias naciones de Europa la noticia del descubrimiento. Corriendo el siglo XI, Adam de Brema la recogía y daba cuenta de ella en su famosa *Historia Eclesiástica*.

(1) Gravier, *Decouverte de l'Amerique par les Normands*. —En opinión de este autor la isla occidental descubierta por Thorwald debió ser la que modernamente llamamos *Long-island*.

las costas septentrionales; pero habiéndose roto cerca de un cabo la quilla del buque, por efecto de violenta tempestad, les fué preciso detenerse para reparar la avería, no sin que antes de proseguir la marcha el jefe de la comitiva dijese á sus compañeros: «Levantemos sobre esta punta de tierra una carena de navío, y démosle el nombre de *Kialarnés* ó cabo de la quilla» (1). Más al Occidente (2) descubrieron otro promontorio en risueña comarca, que el viajero consideraba á propósito para establecerse, y cuando los compañeros iban á embarcarse llamó su atención la señal de tres puntos negros sobre la arena, que no tardaron en comprender que eran tres botes ó canoas de mimbres, dentro de cada una de las cuales se ocultaban tres hombres, que casi todos perecieron á manos de los normandos (3). Exploraron éstos inmediatamente la región, descubriendo algunas elevaciones, que tomaron por casas; pero vueltos al buque se apoderó de ellos profundo sueño, del que pronto vino á despertarlos espantoso griterio, revelador del inmenso peligro que les amenazaba. Feroz turba de pequeños hombres de ruin y pobre apariencia, desde considerable número de botes llegaban á exigir venganza del asesinato que por la mañana cometieron los normandos. Terrible nube de flechas caía sobre éstos, con la desgracia de que una de ellas hiriese mortalmente á Thorwald, que antes de exhalar el último suspiro rogaba á sus compañeros le enterrasen allí, poniendo dos cruces sobre su tumba para que en lo futuro aquel cabo se nombrase *Krossanes* (promontorio de las cruces). A tan repugnantes enemigos llamaron los groen-

---

(1) Equivalente al moderno cabo Cod, como luego repetiremos.—Gosnold que en 1602 visitó las mismas tierras, fué quien puso al cabo el nombre de Cod, que significa bacalao, por encontrarse allí en abundancia.—*Norton Horsford.—Discovery of América by Northmen.*

(2) Gravier, *Decouverte de l'Amerique par les Normands.*—A veces los intérpretes é historiadores no están conformes en algunas particularidades, como se ve, por ejemplo, en ésta, pues Gaffarel describiendo el mismo viaje dice, que desde Kialarnés siguieron la costa en dirección de Levante, que es lo contrario de lo afirmado por Gravier.

(3) Algunos autores hablan solamente de tres hombres, uno en cada canoa, de los que dos fueron asesinados y otro logró escapar; pero Gravier y Gaffarel afirman, que eran nueve, y de ellos ocho fueron víctimas de los marineros de Thorwald. Las *Sagas* no dan razón alguna de este odioso crimen que, por otra parte, era usual entre los piratas del Norte.

landeses *Skrellings* (endebles), y según la mayor parte de los críticos modernos eran esquimales, semejantes á muchos de los que actualmente habitan en el Norte de América. Con su furor causaron la víctima del primer hombre europeo, cuyos restos quedaban en suelo americano; los compañeros del hijo de Erico, ejecutadas que fueron las órdenes de su difunto jefe, abandonaron en el año 1005 aquellos sitios, y cargando el buque de productos naturales volvían á la patria para contar el triste desenlace de tan fatal aventura.

Con propósito de recoger las cenizas de Thorwald, su hermano Thorstein, acompañado de su bella, prudente y discreta señora, la imcomparable Gudrid, y de 25 esforzados marinos, organizó la tercera de las expediciones, mucho más desgraciada que la anterior por haberles sido contrarios los vientos, que les desviaron de su camino, manteniéndolos sin rumbo fijo durante todo el verano, hasta que á la entrada del invierno pudieron arribar á Lysufiord sobre la misma costa occidental del territorio groenlandés, donde los amparó con generosa hospitalidad un cierto Svart, en cuya casa Thorstein, atacado de cruel padecimiento epidémico, allí reinante, dejaba de existir, y sus cenizas eran trasladadas en el buque por la viuda y por aquel hombre caritativo hasta las mansiones de Eriksfiord, para darles cristiana sepultura.

Cumplido tan amargo deber, no pasó mucho tiempo sin que sobrevinieran otros hechos notables. Un rico y poderoso noruego, descendiente de reyes, que se llamaba Thorfinn, y entre sus conciudadanos Karlsefn, esto es: «destinado á ser un gran hombre», vino por aquel tiempo á Groenlandia, hospedábase en la célebre Brattahlida, con beneplácito de Leif, que le acogió cariñosamente, y tal efecto le produjo la hermosura y talento de Gudrid, que solicitó y obtuvo su mano, celebrándose á poco el matrimonio de dichos dos esclarecidos personajes. En las reuniones de familia solían ser obligado tema de conversación los viajes de Leif, y el recuerdo de países y lugares por éste descubiertos, á donde muchos anhelaban ir para traer nuevos productos y riquezas. Despertóse el entusiasmo de Thorfinn, con quien Gudrid compartía sus deseos y esperanzas, no tardando en formarse una verdadera flotilla de tres naves, do-

tadas de ciento sesenta individuos, algunos de ellos mujeres, de varios animales domésticos y abundantes provisiones. Este nuevo viaje de los normandos á Vinlandia, el más importante quizás de cuantos efectuaron en dirección occidental, merece para muchos autores el nombre de verdadera expedición colonizadora, por la importancia de sus preparativos, por las formalidades con que se llevó á cabo y hasta por las mejores y más perfectas investigaciones geográficas que durante el mismo se hicieron. En la primavera del año 1007 parten de Eriksfiord los emigrantes, y ayudados, sin duda, por la corriente polar y favorables vientos del Norte, navegan á lo largo de las costas americanas, logrando divisar á las veinticuatro horas los picos del Helluland, después llegaron á Markland, cuya exuberante vegetación les agradó sobre manera, recorrieron varios sitios en busca de la tumba de Thorwald, siendo completamente inútiles estas pesquisas, y, por último, se fijaron en el Cabo Kialarnés. Al salir de ese punto, presentóse ante la vista de los observadores dilatada extensión de dunas, vastos desiertos y estrechas riberas, á las que bautizaron con el nombre de *Furdustrandir*, ó playas maravillosas (1). En seguida percibieron una línea de costas, interrumpidas por numerosas bahías, y Thorfinn encargó á dos de sus compañeros, escoceses de origen, que inspeccionasen la parte del SO., de la que, pasados tres días, regresaban con hermosos racimos de vides y algunas espigas de trigo silvestre, engolfándose Thorfinn en la mayor de las bahías, que denominó *Straumfiord*, ó de las corrientes, á consecuencia del violento impulso de las aguas, por la pronunciada velocidad que allí lleva la famosa corriente occidental del Atlántico ó Gulf-Stream. Descubrieron además, una isla muy abundante de plumas y huevos de *eiders* (2), llamáronla *Straumey* (isla de las corrientes), y creyendo que la dulzura del clima, la vegetación y el gran número de pescados de aquellos sitios

---

(1) Mr. E. Beauvois opina que los normandos debieron poner ese nombre á dichos parajes por la frecuencia con que allí se observa el fenómeno meteorológico del espejismo, de lo cual dan testimonio algunos viajeros y que en otras partes de América también se contempla, como lo observó Humboldt en las Pampas de Venezuela.

(2) Los escandinavos aplican la palabra de *eiders* á cierta especie de gansos ó ánades, con cuyas plumas se forman las almohadas de abrigo ó edredones.

eran estímulos ventajosos para fundar una colonia, hicieron alto en dicha bahía de Straumfiord, desembarcaron también los ganados, y cuando llegó la primavera, dedicáronse á cultivar los campos, á la pesca, á varias exploraciones del suelo, y, sobre todo, á la construcción de barracas ó casas, que les sirvieran de alojamiento; no obstante lo cual les fué adversa la fortuna, sorprendiéndoles el invierno, desprovistos de caza y pesca, circunstancia que con las tentativas de independencia del marino Thorhall, piloto que era de una de las embarcaciones, influyó bastante para que al ocurrir grave disentimiento entre éste y el jefe de la expedición abandonaran todos la comarca, siguiendo después cada uno de los dos diferente rumbo en sus navegaciones: el rebelde y los suyos, anhelando tornar á la patria, bogaron por aquellos mares, é impulsado el buque por fuertes vendavales del NO., arribó á las costas de Irlanda (1), donde se dice que Thorhall murió en esclavitud (2). Thorfinn y los otros jefes de tripulación, que desde Groenlandia le acompañaban, prefirieron continuar sus exploraciones, en busca siempre de Leifsbudir; y navegando por espacio de varios días, ofrecióseles la hermosa perspectiva de un río, que atravesaba importante lago, antes de llegar al mar. Por las orillas del primero, estrechas, arenosas é inhabitadas, llegaron, no sin alguna dificultad, al país que el noruego llamó Hop; en el dilatado valle recogieron también uvas y trigo, y considerando bueno el sitio para establecerse, levantaron en frente de Leifsbudir otras casas, que por el nombre de su fundador recibieron el de *Thorfinnsbudir* (3).

Á los quince días de permanencia en dicha región, una mañana se cubrió la bahía de carabos ó botes con muchedumbre de hombrecillos de piel obscura, de ancho y avieso rostro, ojos grandes y cabellos crespos, verdaderos skrellings ó esquimales,

---

(1) Gravier refiere á este propósito un hecho semejante acaecido á fines del siglo XVI al Marqués de la Roche. Buscando en frágil embarcación un punto en las inmediaciones de la pequeña isla de *Sable*, que se halla situada á la extremidad meridional de Nueva Escocia, fué arrojado en diez ó doce días por fuerte viento del Poniente á las costas de Francia.

(2) Así lo afirman Gravier y Gaffarel, tomándolo de Torfœus y de Rafn.

(3) Gaffarel Gravier y Beauvois, apoyados en las autoridades de Torfœus y Rafn.

que blandían luengas varas ó lanzas, y agitándolas con rapidez, producían estridente ruido. Después de poner por breve tiempo el pie en tierra sin la menor hostilidad, más bien poseídos de natural asombro, contemplaron á los hombres blancos, retirándose pronto de aquellos lugares. En la primavera del siguiente año, 1008, volvieron á distinguirse tantas canoas, que la bahía semejaba hallarse «cubierta de carbón» (1). Esta vez, groenlandeses y esquimales entablaron relaciones y cambio de objetos, aceptando los segundos con delirio las vistosas telas encarnadas y buenos vasos de leche, que aquellos les ofrecían á trueque de pieles de todas clases (2), cestas de mimbres y otras varias cosas; pero no transcurrió mucho tiempo sin que á la paz sucediese la guerra. Cuando más tranquilos se creían los normandos en sus posesiones de Vinlandia, cuando Gudrid acababa de hacer padre á Thorfinn, mediante el nacimiento de Snorre, primer descendiente de europeo, según parece, que vió la luz en América, los skrelings, por vanos recelos ó causas poco averiguadas (3), trocáronse de auxiliares en feroces enemigos. Rotas las hostilidades, por una y otra parte hubo víctimas, sin que tampoco faltasen notables muestras de intrepidez y arrojo, como las muy decantadas de la célebre heroína Freydisa, que mostrándose digna hija de Erik Rauda, cuando los normandos, batidos ya en retirada, se preparaban para ofrecer tenaz resistencia desde la selva y rocas en que se habían podido amparar, supo infundirles extraordinario valor, consiguiéndose al cabo que los skrellings resultaran vencidos al terminar la jornada y nuevamente desapareciesen. La estancia de Karlsefn y los suyos en Vinlandia iba siendo, no obstante, cada vez más peligrosa, ya

---

(1) Gravier y Gaffarel, tomando la frase de Rafn.

(2) Mr. Beauvois dice que eran de verdadero *petit gris*.

(3) Gravier, Gaffarel y otros autores, inspirados en las *Sagas* y demás documentos históricos sobre la materia, refieren que, amedrentados un día los skrelings por los espantosos mugidos de un toro de la propiedad de Karlsefn, quisieron penetrar en las casas de los normandos, cuyas puertas les fueron cerradas, habiendo sido esto origen de que, pasadas tres semanas, volvieran aquellos indígenas provistos de armas y con resolución hostil; pero lo cierto es que si la *Saga* de Thorfinn y Torfœus dan importancia al hecho, en cambio no se la conceden ni la *Particula de Grœnlandis* ni el *Heims-Kringla*. De presumir es, sin embargo, que los skrellings, temerosos de alguna traición por parte de los normandos, se decidiesen á combatirlos.

por la oposición de los naturales del país, ya por varias causas de disgusto y malquerencia, surgidas entre los mismos normandos, ya, finalmente, por el anhelo con que muchos de éstos deseaban tornar á la madre patria. El jefe de la expedición comprendió que le era forzoso preparar la vuelta á Groenlandia, y á ello se resolvió, no sin que en la travesía explorase de nuevo países anteriormente visitados, y al pasar por las costas de Markland (1) percibiera un pequeño grupo de skrellings, entre los cuales (2) figuraban dos niños, de los que Thorffinn se apoderó, llevándolos consigo, y á quienes se bautizó, procurando también instruirlos en el idioma, usos y costumbres de los europeos del Norte. Estos niños dijeron á los normandos que más allá del sitio en que fueron recogidos existía un país habitado por hombres que vestían túnicas blancas y acostumbraban á llevar pedazos de tela fijos en largas varas (3). Creyóse por entonces, y después los historiadores han sospechado, que tales pormenores debían referirse al territorio del Hvitramannaland, de que después hablaremos.

Dos naves habían quedado solamente de las tres que en 1007 partieron de Eriksfiord; una de ellas, bajo el mando de Biarne Grimolson, separada bien pronto de su camino por el fuerte impulso de los vientos, naufragó, salvándose en débil barca una pequeña parte de la tripulación, que al fin pudo ganar las costas de Irlanda, donde refirió el desastre acaecido y la generosa abnegación del capitán del buque, para quien fué preferible la muerte, con tal de librar de ella á uno de los tripulantes, que por sorteo verificado debía perecer. Más afortunada la nave en que se embarcaron Thorffinn y su familia, lograba en 1011 arribar á Groenlandia, y á poco, el intrépido viajero y explorador se trasladó á su patria, llevando consigo tan considerable nú-

---

(1) Gravier.

(2) No están conformes los autores en la manera de interpretar este pasaje de las narraciones históricas de los normandos, pues habiendo algunos que sostienen que Thorffinn divisó cinco skrellings, que eran un hombre barbudo, dos mujeres y dos niños, llevados *todos ellos* á Groenlandia, otros, como Gravier, opinan que las tres personas mayores pudieron escapar, y Gaffarel afirma, en cambio, que *cinco* de éstas perecieron á manos de los normandos, los cuales se llevaron á dos niños que allí había, y en esto casi todos los intérpretes parecen hallarse conformes.

(3) Los críticos suponen que estos objetos eran banderas ó estandartes.

mero de objetos traídos de Vinlandia, que, según creencia de aquellos tiempos, jamás apareció en las costas escandinavas embarcación mejor provista y cargada. Los más esclarecidos personajes de Noruega dispensaron á Karlsefn benévola y favorable acogida, merced á la cual, con grandes riquezas y lleno de honores, fijó definitivamente su residencia en Islandia. Allí, querido y respetado de los que tuvieron la dicha de conocerlo, acabó la existencia del noble marino, que tanto había hecho por su gloria y su fortuna. Viuda la célebre Gudrid, administró con celo singular los bienes que su marido dejara, y cuando tuvo la alegría de ver que su hijo, Snorre (1), contraía ventajoso enlace matrimonial, fascinada por la pasión de los viajes, hizo una peregrinación á Roma, donde fué bien recibida, y según el mayor número de probabilidades, debió contar las empresas cumplidas por los normandos en las regiones ultraoceánicas (2). La Corte Pontificia, que atentamente seguía los descubrimientos geográficos y coleccionaba con esmero los documentos y trabajos de esa índole, por estimar que á los nuevos países debía llevar la luz del Evangelio, no pudo mirar con indiferencia las interesantes relaciones de Gudrid, que si bien no llegaron á expresarse en las historias de aquellos tiempos, seguramente contribuirían bastante para afianzar las ideas de los cosmógrafos italianos sobre la proximidad de las costas orientales. Al regresar á Islandia la noble y ejemplar viuda de Thorffinn, consagró á la Religión los últimos días de su vida, retirándose al monasterio que su hijo Snorre había ordenado construir (3).

---

(1) El hijo de Thorffinn fué tronco de distinguida estirpe, que ha dado á la humanidad gran número de celebridades, entre las que figuran tres nietos del citado Snorre: Brand, Biorn y Thorlak, nacidos de distintos hijos, y que todos llegaron á la dignidad episcopal.

Después de citar estos nombres y algunos más, los cronistas añaden: «Muchos príncipes irlandeses figuran en la ilustre progenie de Karlsefn y Gudrid, como el célebre historiador Snorre Sturleson, que se envanecía de tenerlos por antecesores, el renombrado escultor Thorwaldsen y el no menos conocido Magnus Stephensen, juez superior de Islandia, muerto en 1833, último de dichos descendientes directos, según Rafn (Gravier, *Decouverte de l'Amerique par les Normands*, Leclercq y otros).

(2) Todos los críticos é historiadores modernos que diligentemente han estudiado las antigüedades escandinavas, admiten la traslación de Gudrid á Roma, entre ellos Eben Norton Horsford, Leclercq, Gravier, Gaffarel y otros.

(3) Gravier.

Antes de que se cumplieran tales hechos y cuando Thorfinn, en 1013, preparaba su marcha para Noruega, se había verificado ya otro viaje de muy tristes recuerdos á las costas de Vinlandia. Freydisa, la ya célebre hermana de Leif, que valientemente figuró, según dije, en la lucha de los normandos con los skrellings, ávida de riquezas más que de gloria, organizó en 1011 nueva expedición, y vencida que fué la repugnancia de su débil marido Thorvard, partieron de Groenlandia la nave de éste y las de dos afamados islandeses en busca de las tierras que se proponían visitar, donde sólo permanecieron dos años, por haber conseguido la ambiciosa directora de la empresa deshacerse de sus compañeros, valiéndose de astutos y crueles medios que, una vez averiguados, de regreso á la patria, inspiraron para tan desdichada heroína el menosprecio de su familia y de sus conciudadanos.

Posteriormente debieron repetirse con alguna frecuencia las navegaciones de europeos hacia las playas americanas; quizás por estimarlas cosa habitual y ordinaria, las *Sagas* islandesas apenas las mencionan; pero los historiadores y críticos modernos, fundándose en testimonios y pruebas de no despreciable importancia, hacen mérito de varios viajes que parecen fidedignamente comprobados. Así, por ejemplo, se sabe que un cierto Hervador, en la mitad del siglo XI, salió de Vinlandia para trasladarse á las tierras del Hvitramannaland, y queriendo invernar en ellas, remontó un río, deteniéndose luego al pie de espumosas cascadas, que denominó *Hridsoerk*, paraje que, según algunos, permite asegurar que los normandos prolongaron sus exploraciones bastante al sur de la América Septentrional, hasta descubrir la bahía de Chesapeake, los ríos que allí desembocan y los naturales despeñaderos de aguas que se observan en el Potomac por encima de Washington. Se recuerda también que en el año de 1135 tres groenlandeses, estimulados por la pasión de aventuras peligrosas, quisieron penetrar en la región cantada por los Scaldas, «donde la estrella polar era visible en el Mediodía», é internándose efectivamente en los estrechos que hoy llamamos de Davis y de Baffin, llegaron á la isla *Kingiktorsoak* ó de las Mujeres, en la latitud boreal de 72° 55′, donde grabaron sobre una piedra de la isla el recuerdo

de su estancia. Se cita además, y las *Sagas* han conservado memoria, de que tres sacerdotes de la diócesis de Gardar, uno de ellos llamado Halldor, navegaron en 1266, siguiendo la misma dirección, y aunque les sorprendió una tempestad en la travesía, lograron arribar á un punto donde el sol en el día de Santiago (25 de Julio) no se ocultaba en el horizonte, permaneciendo muy bajo durante las horas propias del día, y elevándose á gran altura en las correspondientes á la noche, singularidad astronómica que ha hecho pensar á determinados sabios de nuestros días en la posibilidad de que dichos navegantes alcanzaron el paralelo de 75° 46′ un poco al norte del estrecho de Barrow (1), habiendo por lo tanto precedido Halldor y sus compañeros á Parry, Ross, Franklin, Hayes y demás héroes de las regiones boreales, donde tan numerosos han sido los naufragios y contratiempos marítimos. Casi en la misma época, por el año de 1285, dos sacerdotes islandeses, Adalbrando y Thorwald Helgason, comprometidos en las cuestiones religiosas de la isla, se embarcaron para Markland, y sin gran trabajo lograron llegar al país que dieron el nombre de *Nyja Land* ó Terranova, que después ha conservado. Otros viajes análogos hubieron de efectuarse más tarde, y tan naturales y corrientes debían parecer, que cuando Ivar Bardson en 1347 recibió el encargo de visitar y describir los establecimientos de los normandos en América, compuso su obra sin hacer en ella la menor indicación que demostrase fueran poco conocidas las regiones de que hablaba (2), y en el mismo año una nave con 18 hombres llegó á Islandia, dando también noticias del país de Markland que habían visitado, sin que todo esto produjera el más ligero asomo de extrañeza.

VI.

Las citadas referencias, y principalmente aquellas que consignan el viaje de Leif y de los que de un modo inmediato

(1) Rafn y Gravier.

(2) Se ha conservado la descripción de Groenlandia por Ivar Bardson. Rafn la publicó en sus *Antiquitates americanæ*, páginas 302-318. Major ha dado de ella una nueva edición en 1873.—(Gaffarel, obra citada.)

le sucedieron ofrecen tal valor, que por virtud de las mismas puede, sin gran atrevimiento, sostenerse desde luego y con la natural circunspección, que exigen hoy los modernos conocimientos geográficos é históricos la presencia, cuando menos, de los normandos en las regiones septentrionales de América desde el siglo XI en adelante. Contra ello quizá cupiera alegar el testimonio y opinión de ciertos escritores para quienes las *Sagas* sólo han merecido estimarse como monumentos poéticos ó legendarios, que nada exacto y verdadero consiguen acreditar (1), opinión nada extraña en verdad, si se recuerda que ni los grandes acontecimientos, ni aun las mismas personalidades de extraordinario relieve en la historia, lograron verse libres de invectivas ó desprecio por parte de autores escépticos ó apasionados. Fortuna y no pequeña es, sin embargo, que la crítica más razonada é imparcial de nuestros días pueda proclamar que las *Sagas* son documentos ciertos, sencillos, claros, precisos, purgados de todo elemento maravilloso que, cuando existe, tantas dudas siembra en la inteligencia, debiendo por

---

(1) No han faltado ciertamente autores, que desde los días en que principiaron á estudiarse severa y críticamente los más raros y preciosos documentos históricos de Escandinavia, así como las obras de sus fieles y directos intérpretes, hayan negado todo valor á esa diferente clase de trabajos. Podríamos á este propósito citar varios nombres; pero nos limitaremos sencillamente á dos recuerdos. En el Congreso de Americanistas de Copenhague en 1883, varias veces citado, el profesor *Valdemar Schmidt* al presentar su notable Memoria sobre los *Viajes de los daneses á la Groenlandia*, en la que adujo valiosas pruebas de la exactitud del hecho, comenzaba diciendo á sus oyentes: «No ignoráis que algunos sabios críticos han dudado muchas veces de la realidad de las narraciones contenidas en las *Sagas* islandesas; se ha pretendido que todo cuanto los navegantes escandinavos refirieron de grandes descubrimientos más allá del Océano, son puras invenciones, y se ha llegado hasta declarar paladinamente que los antiguos normandos no habían ido jamás ni á la América ni á Groenlandia.» Contra tales aseveraciones, además de ser la Memoria dicha una excelente refutación por los curiosos datos en ella atesorados, pueden citarse aquellas palabras del mismo autor, que después de pronunciar las supradichas añadia: «Pero, señores, tenéis á vuestra vista las *pruebas materiales* de la realidad de tan importante descubrimiento: ahí están en una serie de vitrinas (y así era en efecto) *objetos numerosos recogidos en el suelo de Groenlandia y cuyo origen europeo y escandinavo no puede quedar sometido á ninguna duda.*»

El segundo recuerdo, que nos proponiamos hacer, es más concreto por tratarse ya de un determinado y célebre autor, el famoso Irving, para quien «las tradiciones islandesas recogidas por Torfœus, así como el viaje de los hermanos Zeni, redactado de memoria por Marcollini é inserto por Ortellius en su *Theatrum orbis terrarum*, tienen mas visos y señales de fábulas que de historias», parecer contra el cual puede alegarse lo que en el texto decimos sobre la autoridad de dichos relatos islandeses.

tanto considerarlas dotadas de incontestable autoridad histórica, que se robustece al pensar que la admiten y declaran sabios tan eruditos y concienzudos como el eminente Humboldt (1), y que con valentía y resolución la sostienen Rafn, Magnussen, Kohl, Horsford (2) Costa, Brown, Schmidt, Loffler (3), Beauvois, Gravier, Gaffarel y tantos otros que han ilustrado la materia, contribuyendo también poderosamente á ello la *Sociedad Real de Anticuarios del Norte* y las luminosas tareas de los Congresos de Americanistas, principalmente el de 1883 en Copenhague, que tantas veces nos hemos visto obligados á evocar. La importancia de los problemas discutidos y de las varias cuestiones que han llegado á plantearse sobre todos los asuntos precolombinos, explica que para fijarlos debidamente se examine y analicé todavía cuanto se refiere á las equivalencias geográficas que deban establecerse entre los países enumerados por las *Sagas*, y los que modernamente conocemos, que se discuta de igual modo acerca de si los establecimientos normandos fueron ó no verdaderas colonias, sobre el valor más ó menos respetable de ciertos vestigios arqueológicos, y hasta sobre el escaso fruto que para la vida é historia general de nuestro viejo mundo produjeran las aludidas expediciones; pero nada de esto permite, á nuestro juicio, que se las tilde de fabulosas, como algunos han hecho, ni menos autoriza para desconocer que durante más de tres siglos Europa mantuvo rela-

---

(1) *Examen critique de la Histoire de la Geographie du nouveau continent.* T. II, página 88 y *Cosmos.* Tomo II, páginas 286 y 546, en las que su afamado y por demás serio y competente autor, refiriéndose á los viajes de Leif y sus inmediatos sucesores, declara haberse *mantenido cuidadosamente en el terreno histórico*, y añade que tal concepto merecen las viejas tradiciones de la Islandia, que en su mayor parte debieron ser escritas en la misma Groenlandia, á partir del siglo XII, por descendientes de los colonos nativos de Vinlandia, de quiénes se han conservado las tablas genealógicas de sus familias con tal esmero, que puede descubrirse la sucesión de las mismas desde 1007 hasta 1811, aludiendo principalmente en esto á la de *Thorfinn Karlsefn.*

(2) Este autor norteamericano, hablando de las *Sagas*, dice que, formadas por medio de la tradición, su principal carácter estriba en consignar breve y sencillamente los hechos, consistiendo por tanto su mérito en la veracidad de la narración, y recuerda á este propósito que J. Eliot Cabot decía que por ningún mediano estudiante dinamarqués se ponían en duda las expediciones de los normandos á la América, y *Everest* pensaba lo mismo.

(3) Loffler, en su memoria presentada al Congreso de americanistas de 1883, calificaba las *Sagas* como la *fuente más pura sobre las antigüedades escandinavas.*

ción casi sostenida, con las posesiones islandesas de Groenlandia y de Vinlandia.

Buena demostración de ello nos ofrece el hecho, por demás notable y elocuente, de haber intervenido también la Iglesia con su predicación y su gobierno en la beneficiosa tarea de extender las doctrinas evangélicas á todos aquellos lejanos países del Septentrión y de Occidente, que más ó menos eran conocidos en Roma. Ya sea, como parece verosímil, que las revelaciones de Gudrid en la Corte Pontificia sobre Vinlandia, sirvieran para despertar el interés de los Papas en la santa obra de propagar y difundir la Religión cristiana en tan lejanos territorios, ó bien que por otros medios adquiriesen noticias de su existencia, lo cierto es que, desde mediados del siglo XI, los Obispos de Noruega é Islandia, y poco después el instalado en Gardar, capital de la Groenlandia, consideraron las posesiones del Vinland como una parroquia alejada de su diócesis, que muchas veces iban á visitar. Así es como en 1059, el obispo Jon ó Juan pasó desde Islandia á los territorios americanos con propósito de convertir á sus moradores; entre los que tuvo la desgracia de sufrir el martirio (1). Años más tarde, en 1121, después de varias tentativas, de las que la historia sólo conserva vago recuerdo (2), el islandés *Erik Upsi* marchó á Vinlandia, cuya situación religiosa le inspiraba vivas inquietudes; pero los colonos de esta nueva región eran muy numerosos, y además la tarea debió resultar algo difícil, cuando se sabe que dicho prelado renunció á la silla de Gardar, consagrándose especialmente á sus nuevos fieles (3). Al menos lo revela de esta

---

(1) Gravier y Gaffarel.

(2) Beauvois.

(3) Humboldt, *Examen critique de la Histoire de la Geographie du nouveau continent.* Tomo II, pág. 102. Id. *Cosmos.* Tomo II, pág. 284.

Eben Norton-Horsford, *Discovery of América by Northmen.*

Loffler, *Congreso de Americanistas de* 1883. *The Vineland-excursions of the ancient Scandinavians.* Según este autor, aun cuando *Rafn* sostuvo que el obispo Erico se trasladó á Vinlandia para fortalecer á los escandinavos en su fe cristiana, él se inclina á pensar que, cuando más, fué á predicar el Evangelio á los esquimales ó *skroelings.*

Gravier, *Decouverte de l'Amérique par les Normands.* Recuerda que algunos autores han pretendido que Erico regresó á su sede episcopal de Gardar; pero no debe olvidarse que Rafn, cuya autoridad es incuestionable, pensaba lo contrario. La renuncia

suerte el nombramiento para el Obispado de Gardar, hecho en 1124 á favor de un cierto Arnaldo, en vista de la demanda expresa de los colonos groenlandeses reunidos en Asamblea general (1) (2). Por más que no se haya logrado esclarecer en todos sus pormenores el éxito de las predicaciones de Erico Upsi en Vinlandia, los críticos que más atentamente estudiaron el caso no desconfían de que andando el tiempo pueda descubrirse algún manuscrito islandés que ilustre ese curioso problema. Quizás al vigoroso impulso de tan memorable personaje se deba, en opinión de un moderno historiador, la persistencia de ciertas tradiciones y ceremonias religiosas en algunos países septentrionales de América (3).

Por otra parte, no debe maravillar que la Iglesia, en su legí-

---

de Erik al Obispado de Gardar, que llegó á Groenlandia por el año 1122, prueba, según dicho historiador, que la idea cristiana había realizado progresos en América, que las colonias de ese país no dejaban de tener gran importancia, y que por lo mismo puede atribuirse á dicho prelado la intención de concluir allí sus días.

Gaffarel, *Histoire de la decouverte de l'Amérique.* Tomo I, pág. 333.

(1) Idem íd. El minucioso relato de esta elección se encuentra en el códice Flateyense, manuscrito notable de que ya hicimos mérito en su oportuno lugar.

(2) Como prueba de la señaladísima importancia que desde el siglo XII en adelante tuvo la sede episcopal de Gardar en Groenlandia, bastará recordar que se conserva en serie cronológica la lista de sus prelados. Torfæus, en la *Historia Groenlandia*, publicó, y después Gravier y otros autores han copiado los nombres y las fechas correspondientes á 19 Obispos, que gobernaron la diócesis desde Erico Upsi en 1121 hasta Vincentius, que la regía en 1537, ó sea á los cuarenta y cinco años de los primeros descubrimientos de Colón.

En los archivos del Vaticano encontró *Pablo Egedes Efterretninger* el texto de una célebre epístola, que en 1448 dedicó el papa Nicolás V á los Obispos de *Skalholt* y *Hols*, documento que también inserta Gravier en su libro, por el que se comprueba la existencia del culto católico en Groenlandia y se enaltece el fervor religioso de aquellos hombres, que habían perseverado en dichas creencias, hasta que treinta años antes de la fecha de dicha carta sufrieron la invasión, ataques y depredaciones de odiosos forasteros, que turbaron la paz de aquel territorio, arruinando varias iglesias, y si bien algunas habían podido levantarse de nuevo, pasado que fué tan inminente peligro, según afirmaban los naturales del país en mensaje dirigido al Pontífice, solicitando el restablecimiento del culto sobre las mismas bases que lo habían tenido antes; Nicolás V, para subvenir á esta necesidad, cuya certeza afirmaba constarle debidamente, prevenía á dichos dos Prelados, que por ser los más próximos de aquel país cuidaran de enviar á éste, en calidad de Obispo, un hombre que para el caso fuera adecuado; y por los trabajos de la Sociedad Real de Anticuarios del Norte, se sabe: que desde 1450 hasta 1537 sucediéronse los tres obispos, Gregorio, Jacobo y Vincentius, cuyos sellos, descubiertos, se han publicado merced á la diligencia de la expresada Corporación.

(3) Gaffarel, obra ya citada.

timo anhelo de proselitismo religioso, se preocupara y cuidase de lejanas diócesis, fortaleciéndolas, cuanto era posible, con el entusiasmo de la fe, y á su vez ellas proporcionaban recursos para el mantenimiento de la jerarquía y necesidades eclesiásticas. Entre otras cosas, pudiera recordarse que, en 1276, el arzobispo Jon, facultado por el Papa, á consecuencia de la extensión del camino y penalidades del viaje, para no trasladarse á tan distantes lugares, delegaba sus funciones en sabia y discreta persona, que se encargó de recoger el producto de los diezmos y conmutaciones de votos, destinado á la cruzada que entonces se predicó por toda Europa; y el pontífice Nicolás II, en su carta, escrita en Roma el 31 de Enero de 1279, ratifica los plenos poderes conferidos por el Arzobispo á dicho colector anónimo. Tres años después, en 1282, el mandatario llegaba á Noruega con importante cantidad de diezmos; pero los pobres colonos de Vinlandia, ya porque hiciesen poco uso ó no quisieran desprenderse de los metales preciosos, entregaron amplia provisión de pieles, dientes de morsa y barbas de ballena. El Arzobispo consultó al Papa la aplicación de aquellos efectos, y Martín IV le dió el práctico consejo de que los enajenara y realizase. Veinticinco años más tarde, los tributos eclesiásticos de Vinlandia figuraban aún en la suma de las collectas, como lo prueba el haberse vendido en 1315, al flamenco Juan de Pré, las ricas especies de dicho territorio. De suerte que, por estos y otros datos, bien puede creerse que las extremas posesiones de los normandos contribuyeron, en cierto modo, al gran movimiento religioso, que fué el hecho dominante de la Edad Media. Muy alejadas para tomar parte activa en las luchas de las Cruzadas, facilitaron, sin embargo, á la Europa cristiana, que apenas sospechaba su existencia, todo cuanto podían suministrar, es decir, los géneros y obras poco variadas de su industria (1).

Mucho falta, no obstante, para conocer y apreciar el desarrollo que ésta alcanzase y para decidir el verdadero carácter de la vida de los normandos en América. No pocos historiadores de justa reputación sostienen que los europeos de Vinlandia se

(1) Gravier y Gaffarel, obras ya citadas.

organizaron en libre *colonia*, semejante á las de otros establecimientos normandos, constituyendo una especie de república, bajo la protección nominal de los Reyes de Noruega, dirigida quizá por algún descendiente de Erik Rauda. Los colonos mantenían con la metrópoli, pero sobre todo con Islandia y Groenlandia, relaciones muy frecuentes; cambiaban las riquezas del país; maderas preciosas, pieles de animales, dientes de morsa, aceite ó barbas de ballena, por el hierro y las armas que les eran precisas, dedicando también la mayor parte del tiempo á las ocupaciones propias de la pesca, que para ellos ofrecía recurso y medio de vida muy principal (1). Críticos más prudentes, que, como Loffler, admiten sin reservas la existencia de numerosas colonias escandinavas en Islandia y Groenlandia, piensan, por el contrario, que no puede decirse lo mismo respecto de América, donde las visitas de emigrantes y marinos debieron ser de mera inspección; pero como tampoco niegan que allí edificaran casas, ni el que los nuevos moradores utilizasen abundantes productos de la caza y pesca, durante los dos ó tres años de su alejamiento de la patria, á la que tornaban con sus naves bien provistas de pieles, maderas y uvas (2), resulta que, sin el más ligero escrúpulo, como ya dijimos, puede afirmarse, cuando no otra cosa, la presencia de los normandos en América (3).

Sobrevino una época, sin embargo, en que sus establecimien-

---

(1) Gaffarel.

Humboldt, en su renombrado *Cosmos*, al enumerar en el tomo II, pág. 284, los establecimientos de los normandos, los califica terminantemente de *colonias*.

Gravier participa de la misma opinión, y en varios pasajes de su *Decouverte de l'Amérique par les Normands*, sobre todo en la pág. 167, aplica á dichos establecimientos igual nombre de *colonias*, y de idéntico modo los designa Eben Norton Horsford, *Discovery of América by Northmen*. Otro tanto podemos decir del eminente geógrafo moderno E. Reclus que en el tomo XV, pág. 12 de su notabilísima obra dice lo siguiente. «Los Escandinavos fundaron en la costa firme del Nuevo Mundo *colonias regulares*, cuya historia abraza un período de ciento veinte á ciento treinta años»

(2) Loffler, *The Vineland-excursions of the ancient Scandinavians*.—Congreso de Americanistas de 1883 en Copenhague.

(3) Entre los muchos autores que confiesan el hecho, y de él hablan expresamente, conviene no olvidar á Mr. Vivien de Saint Martin, que en la pág. 387 de su afamada *Histoire de la Geographie*, escribe las siguientes palabras: «*Es indudable que desde el siglo XI, cerca de quinientos años antes de Colón y de Cabot, los colonos noruegos de Islandia y de Groenlandia conocieron algunas partes de las costas del NE. de América.*»

tos fueron menos conocidos, hasta el punto de interrumpirse desde el siglo XIV toda clase de relaciones entre los pueblos septentrionales de Europa y los del mundo americano. Los normandos llevaron á otros países su inquieta movilidad; el Imperio bizantino, cuya ostensible decadencia crecía por momentos, y el servicio que dichos hombres le prestaban figurando en sus milicias, hubo de atraerles más que los peligros marítimos, y el beneficio, siempre precario, de temerosas aventuras. La metrópoli, en vez de sostener las viejas factorías, olvidábalas por completo, y habiéndose reservado la corona de Noruega, desde el reinado de Margarita de Waldemar, el monopolio del comercio con la prohibición impuesta á toda nave de abordar, sin permiso regio, á las posesiones transatlánticas, disminuyó considerablemente el número de armadores y de marinos bastante resueltos para comprometerse en problemáticas empresas, fáciles mientras subsistió la libertad comercial; pero de todo punto irrealizables, cuando se vieron privados de ese poderoso auxilio (1). También los frecuentes ataques de los esquimales, refractarios á la civilización europea, contribuyeron á la muerte de las colonias noruegas é islandesas por la osadía con que aquellos enemigos, feroces ya como piratas, se hicieron después más temibles, persiguiendo á los normandos en sus mismas moradas fortificadas, á lo cual puede atribuirse, sin duda, el que, unas tras otras, fueran desapareciendo las poblaciones de la ribera occidental de Groenlandia. Sobre todo en el siglo XV resultó la lucha verdaderamente cruel, el espanto cundió por todas partes, las quejas y lamentaciones de los colonos con ese motivo llegaron á la misma Corte Pontificia, y el papa Nicolás V se hizo eco de ellas al dirigir, como indicamos en lugar oportuno, su famosa Bula de 1448 á los obispos islandeses para que éstos proveyeran á las necesidades de los cristianos amenazados en Groenlandia (2). Nueva causa de exterminio se añadió á las que acabamos de citar; la terrible peste

(1) Gaffarel, obra citada.

(2) Por fortuna, para debido respeto á la severidad histórica, y como argumento positivo de gran valor contra los que ligeramente desprecian ó niegan cuanto pertenece á las empresas normandas, hemos visto con gran regocijo, al corregir nuestro modesto trabajo, que en la Exposición Histórico-Europea de esta Corte figura, entre los

negra, cuya lúgubre memoria se conserva en la inmortal obra del famoso Bocaccio, después de causar numerosas víctimas en Asia y en Europa, extendíase también por América y despoblaba casi enteramente la Groenlandia, no debiendo, como resultado de ello, sorprender que sus habitantes y los islandeses que alimentaron las posesiones de Markland y Vinland, dejasen de enviarles más expedicionarios ó colonos (1). Sin necesidad, pues, de recurrir á la ingeniosa hipótesis de ciertos escritores, que pretendieron explicar la interrupción de comunicaciones marítimas entre los países septentrionales de Europa y los de América, por haberse formado grandes témpanos ó bancos de masas flotantes de hielo en la parte superior del Atlántico, hay motivos suficientes y bien averiguados para no extrañarse de que los Estados de nuestro continente olvidaran lo que había sido objeto de sus exploraciones y descubrimientos (2).

Perdido el inmediato recuerdo de las visitas que los normandos hicieron á las costas orientales de América, pudiera por algunos considerarse difícil restablecer la equivalencia geográfica verdadera ó probable de los parajes en que durante algún tiempo moraron aquellos hombres; pero la crítica y erudición modernas se lisonjean, no sólo de haber determinado con verosímil aproximación las tres más importantes regiones inspeccionadas por Leif y demás viajeros, sino también todos y cada uno de los particulares sitios ó localidades que sucesivamente fueron distinguiendo.

El breve tiempo que las naves empleaban desde Groenlandia

---

notables documentos á ella remitidos por el venerable León XIII, la preciosa joya histórica que por segunda vez acabamos de invocar.

(1) Humboldt y Gaffarel, obras ya citadas.—M. Valdemar Schmidt, *Voyages des Danois au Groenland.*—Memoria leida en el Congreso de Americanistas de 1883.

(2) El eminente Humboldt, tratando en sus dos famosas obras, á las que varias veces aludimos, de dicha hipótesis ó explicación, consigna «que nadie admite ya la fábula de cambio *súbito* de clima y formación de una barrera de hielo, que cortase las relaciones entre las colonias establecidas en Groenlandia y su metrópoli. La acumulación de las nieves sobre el litoral opuesto á Islandia depende de la forma del país, de la proximidad de una cadena de montañas paralela á la costa, y de la dirección de la corriente». «Tal estado de cosas—añade—no data de fines del siglo XIV y principios del XV, y el mito de la formación de una barrera de nieve en tiempos históricos se asemeja bastante al de la pretendida destrucción de esas grandes masas en 1817, destrucción que debía cambiar segunda vez el clima de todo el NO. de Europa.»

al territorio llano y pedregoso del Hellu-land, bastando á veces cuatro días para recorrer esa distancia, con más los caracteres geográficos y condiciones físicas de la no lejana isla de Terranova, ha servido de fundamento para que, si no todos los escritores, muchos de ellos y de reconocida autoridad, como d'Avezac, Beauvois, Gravier, Horsford y Gaffarel, sostengan la correspondencia de ambos lugares, no faltando tampoco quienes hayan estimado preferible referir el Hellu-land á la tierra llamada hoy del Labrador (1); mas de cualquier modo, bien se acepte una ú otra hipótesis, siempre aparece que los normandos llegaron á las comarcas septentrionales de América é inmediatas al país de donde los mismos procedían. Discurriendo con igual criterio los sabios, y sin olvidarse de que las *Sagas* fijaban tres días más de navegación para la arribada de los barcos islandeses y noruegos á Markland, región cuyas costas eran ordinariamente bajas y llanas, espesa y poblada de bosques en el interior, proclamaron su identidad con la moderna Acadia, á la que los anglo-saxones pusieron el nombre de Nueva Escocia (2), que en verdad presenta playas bajas, peligrosas, de acceso difícil por los numerosos bancos de arena que las rodean, y ofrece todavía gran abundancia de hermosísimas maderas de construcción, elemento principal de comercio y de riqueza. Igual conformidad de parecer han mostrado los historiadores y geógrafos asimilando, como lo hicieron, el suelo de Vinlandia á notables porciones del de Massachusetts en los actuales Estados Unidos. La observación verificada por Leif y sus compañeros sobre las salidas y puestas del sol, que les permitió atribuir nueve horas de duración al día más breve del año en aquellos parajes, ha sido la base que gran número de autores adoptaron para señalar la posición de semejantes lugares entre los 41 y 42 grados de latitud septentrional (3), que equivale ciertamente á los estados de Rhode Island, New-York y New-Jersey, donde el

---

(1) De este parecer fué Humboldt y modernamente Loffler y el célebre Reclús.

(2) Participan de esta opinión todos los autores que han escrito de la materia, y entre ellos d'Avezac, Kohl, Rafn, Beauvois, Gravier, Loffler, Leclercq, Horsford y Gaffarel.

(3) Reclús; tomo XV, pág. 12.—Gravier y Leclercq admitiendo las indicaciones de las *Sagas* sobre el particular, y movidos por el intento de precisar con prolija exactitud

sol permanece ese tiempo en el horizonte (1). Para el mejor esclarecimiento de la cuestión interesa, sin embargo, recordar: que aquellos expedicionarios carecían de instrumentos de precisión cronómetrica, y por tal motivo los datos que nos han transmitido acerca de los crepúsculos se resienten de notoria vaguedad, puesto que la designación de sus horas, siete y media de la mañana y cuatro y media de la tarde, en los días más cortos, no reconocía otro origen que el de la coincidencia de tales fenómenos con el tiempo que los normandos, según costumbre, destinaban al desayuno y al *lunch* de la tarde (2). Ya Humboldt, procediendo con natural reserva y en vista del examen comparativo de las *Sagas*, había dicho que las regiones frecuentadas por los escandinavos correspondían á una extensa zona, entre los paralelos 41 y 50, ó sea á la línea de costas que se extienden desde Nueva York á Terranova, y en las cuales, según el mismo escritor, vegetan hasta seis especies de vides (3). Modernamente Loffler (4), sin negar del todo la correspondencia de Vinlandia con el Rhode Island y Massachusetts en los 41 ½° de latitud, ha creído también que en esto podía haber alguna equi-

---

el punto á que corresponde la determinación astronómica citada, no vacilaron en referirle á los 41° 24′ 10″ de latitud Norte, ó sea un poco más arriba de donde hoy se levanta la importante capital de Nueva York.

(1) Gaffarel.

(2) Eben Norton Horsford.

(3) *Examen critique de la Histoire de la Geographie du nouveau continent.* Tomo II, página 100. En el *Cosmos*, tomo II, pág. 286, al tratar de Vinlandia la equipara, no obstante, al moderno estado de Massachusetts.

Las viñas que dan su nombre á la Vinlandia aun crecen espontáneamente en todo el territorio de Massachusetts y en parte de Nueva York. Los viajeros de nuestros días hablan con admiración de las uvas salvajes de ese país y de las numerosas viñas naturales, que fructifican á orillas del Ohío.

En diferentes mapas del siglo XVI y XVII, muchos de los cuales consideran como porción insular aquella parte del mundo, según la representaba Cosa y la imaginó el mismo Colón, se encuentran varios nombres, que en los idiomas propios de tales cartas geográficas, contienen las radicales de Vinland, y algunos de esos mapas presentan dibujada la isla de *Bachus*. La designación tradicional subsiste hoy en las proximidades de Boston, y se conserva en las dos denominaciones de *Vineyard Sounth* y en la isla de *Martha's Vineyard*. (Eben Norton Horsford.)

Esta última nomenclatura procede seguramente de la abundancia de viñas en esa isla, á la cual en opinión de Reclús se llamó así, *viña de Marthe*, que recuerda la antigua Vinlandia, como si se hubiese querido distinguirla del gran pais de las viñas, ó sea la costa vecina.» *Geographie universelle*, tomo XVI, pág. 137.

(4) Memoria presentada al Congreso de Copenhague de 1883.

vocación por no ser, ni con mucho, indiferente presumir que el sol saliera á las siete ó las ocho de la mañana, cuando la primera de estas horas es propia del grado 31 y la segunda del 49, deduciendo de aquí el mencionado crítico que á tan dilatada extensión geográfica, que comprende desde la Florida á Terranova, pudiera equivaler la Vinlandia, y según el mismo sería mejor referirla á la actual Virginia, donde no se perciben los hielos, como afirman las viejas historias al describir los países, que en último término visitaban los normandos.

Discretas, con seguridad, deben juzgarse tales aclaraciones; pero en medio de considerarlas legítimas y prudentes, es lo cierto que por el mejor conocimiento adquirido y por la más sana observación hasta hoy verificada de los accidentes geográficos de dicha bahía de Massachusetts, sigue prevaleciendo la opinión de que en aquellos parajes fué donde Leif, Torwald y Karlsefn hicieron su más prolongado asiento. Las casas (*Leifsbudir*) que el primero de ellos construyó, pudieron hallarse, en sentir de Rafn, en la desembocadura del Pocasset-River, mas por extraña coincidencia, autor contemporáneo hay que las supone en el lugar mismo que ocupa la moderna capital de Nueva York (1); la isla descubierta por el segundo de dichos exploradores, equipáranla otros á la que designamos con el nombre de Long-Island (2); las playas que hacia el Sur fueron observadas son para algunos las de New-Jersey, Delavarre, Maryland y aun quizá de Virginia y Carolina, que todavía ofrecen grandes selvas que se extienden hasta el mar, y además esas costas se presentan hoy, como entonces eran, bastante bajas y con gran número de próximas islas, que bien pudieron haber sido desprendidas por alguna convulsión geológica (3). En cuanto á los dos promontorios reconocidos por Thorwald, la generalidad de los escritores identifica el Kialarnés con el Cabo Cod, ó Nauset de los indios, á la extremidad oriental del Massachusetts, cuya forma alargada y curva graciosa que describe, le asemeja en

(1) Gaffarel.

Norton Horsford sostiene que Leif arribó á la extremidad N. del Cabo Cod, y que sus casas ó morada debieron levantarse en algún sitio de la bahía de Massachusetts.

(2) Gravier; según ya dijimos en oportuno lugar.

(3) Gaffarel.

efecto á la quilla de un barco (1), y respecto al de *Krossanes* ó de las Cruces, se cree que corresponda al que lleva hoy el nombre de Sable en la extremidad meridional de Nueva Escocia, (2), ó más bien al *Cabo de Gurnet* (3). También se han buscado equivalencias para los mismos puntos ó sitios que con nuevos caracteres y particularidades fueron reseñados en la expedición de Thorffinn, por virtud de lo cual las playas maravillosas (*Furdustrandir*), que él y sus compañeros divisaron, imaginábanlas colocadas, Rafn y Gravier, algo más al Sur del citado Cabo Cod, si bien otros autores juzgan preferible suponerlas en las costas de Nueva Escocia (4), donde abundan con frecuencia, según el testimonio de modernos viajeros, fenómenos de espejismo, como los que tan viva admiración causaron á los exploradores normandos; la bahía circular, notable por sus corrientes, debe ser la de Buzzard, en la que el *Gulf-stream* adquiere gran fuerza y desarrollo; la isla cubierta de huevos de *eiders* no parece inverosímil asimilarla á la de Marta's Vineyard (5) ó á otras inmediatas á Massachusetts que forman las rocas inhabitadas de Egg-islands (6), y por último las casas que, bajo la dirección del afamado Thorfinn, se construyeron frente á las que Leif había levantado, es opinión general que pudieron estar en el sitio que los indios llamaron Mount-Haup, cerca de Taunton River, que con el nombre de Pocasset River, lleva sus aguas al mar por el estrecho de Seaconnet (7). Mediante tales coincidencias geográficas y algunas más, que en gracia á la brevedad omitimos, se explica, hasta cierto punto, que hallándose

---

(1) Rafn, Kohl y Mr. Beauvois opinan que ha podido darse el nombre de *Kialarnès* al Cabo Cod, situado por los 42° de latitud septentrional, no lejos de Boston, á consecuencia de la similitud que tiene con la quilla de un barco, y particularmente de un barco escandinavo.

(2) Gaffarel.

(3) Como partidario de esta segunda opinion figura Gravier, que interpreta el Krossanes por Punta Gurnet, de acuerdo con indicaciones hechas por Rafn en sus escritos y cartas geográficas, lo cual presta bastante autoridad á la creencia.

(4) Gaffarel.

(5) Rafn y Gravier.

(6) Mr. E. Beauvois afirma que las islas de Massachusetts sirven aún de retirada á una multitud de *eiders* ó aves acuáticas salvajes, á lo cual una de ellas debe su nombre de Egg-island (*Isla de los Huevos*).

(7) Gravier.

los parajes últimamente citados no lejos de la gran metrópoli americana de Boston, y merced al entusiasmo de los más devotos partidarios de las antigüedades escandinavas, se erigiera en esa ciudad durante 1887, para honor de Leif, la estatua y monumento que allí hoy recuerda su memoria (1).

Los diversos paralelismos geográficos, que brevemente hemos procurado indicar, afirman la creencia de que al Septentrión de América pertenecen las regiones que noruegos é islandeses visitaron; pero poco satisfechos con ello muchos críticos é historiadores en su legítimo, y á las veces inmoderado afán de comprobar el hecho, pretendieron acreditarlo con demostraciones arqueológicas, y por más que nuestro amor á la verdad, único que nos guía, exija confesar que en ello no fueron los resultados tan felices y positivos, juzgamos, sin embargo, que son dignos de algún recuerdo. Dos hallazgos, entre otros (2), requieren particular mención. En el estado de Massachusets, condado de

---

(1) De notar es, sin embargo, como justo tributo á la imparcialidad, que los norteamericanos en general no desconocen ni niegan, á pesar de lo dicho, la trascendental importancia de los descubrimientos de Colón, como lo prueba, además de la participación ofrecida para solemnizar el centenario de tan memorable hecho, la circunstancia de que, sin recordar ahora los nombres de varios distinguidos escritores de aquel país que ensalzaron debidamente la memoria del gran genovés, el mismo Eben Norton Horsford, á quien puede estimarse como uno de los que con más ardor han celebrado que se levantase un monumento á Leif, dice á este propósito que «*no por ello se amengua en nada la gloria de Colón que trató de resolver el problema de la redondez de la tierra*», y añade «*que la misma ciudad de Boston patrocinará con gusto la idea de levantarle una estatua en* 1892.»

(2) Varios y de distinta naturaleza han sido los restos arqueológicos procedentes de América que, con más ó menos motivo, se atribuyeron á los escandinavos ó normandos. Por hallarse sujetos todavía en su mayor parte á las encontradas opiniones de la crítica, sólo haremos mérito de algunos para ilustración de la materia.

Á fines del siglo XVIII, cerca de Hull y del cabo Alderton, se descubrió un sepulcro que contenía esqueleto humano, con espada de puño de hierro; y como determinados anticuarios sostuvieran que el arma era de fabricación europea anterior al siglo XV, se creyó, quizá temerariamente, haber encontrado la tumba del famoso Thorwald. Al practicarse en 1840 excavaciones en Fall-River, de Massachusets, distinguióse otro esqueleto; su pecho estaba cubierto por un peto de bronce, alrededor del cual se arrollaba un cinturón, formado con tubos del mismo metal, sujetos entre sí por correas de cuero y parecido á los cinturones antiguos de Dinamarca é Islandia. El bronce se envió al ilustre Berzelius, que hizo el análisis, reconociendo que la composición química era semejante á la de las armaduras de los siglos X y XI, conservadas en los museos del Norte. Desde entonces se admitió el hecho como probado; el gran poeta americano Longfellow compuso una balada en honor de aquel héroe, que podría haber sido

Bristol, á la orilla oriental del Taunton-River, sobre los 41° 45′ 30″ de latitud N. se eleva una roca de color rojo de 4 metros de base y 1,70 de altura, llamada *Dighton Writing Rock*, que por contener toscas figuras é inscripción con caracteres misteriosos provocó la curiosidad y trabajos de muchos sabios y anticuarios desde el año 1680 en que fué descubierta. Quien, como Mathieu, pensaba que los signos gráficos procedían de la época de los atlantes, en el año 1092, antes de J. C.; otros, como Moreau de Dammartin, creyeron que se trataba del fragmento de una esfera celeste oriental, ó más bien de un tema astronómico para momento determinado, que se fijaba en la media noche del 25 de Diciembre; investigadores hubo que, á semejanza del coronel Walancey, atribuyeron origen siberio á la inscripción; para Schoolcraft, que sometió una copia al examen de cierto jefe indio, significaba el recuerdo de victoria obtenida por tribu americana; no faltó además quien, de acuerdo con el reverendo Erza Stiles, citase la roca como la mejor prueba de los viajes de fenicios al Nuevo Mundo, opinión seguida también por Court de Gebelin; y, finalmente, para nuestro objeto conviene recordar que los anticuarios daneses, Carlos Rafn y Finn Magnusen, así como Lelewell y Gravier, pretendieron descubrir en el citado monu-

---

Thorwald; pero aun hoy, los más entusiastas partidarios del escandinavismo en América, mantienen sobre ello actitud de prudente reserva.

En los mismos parajes, hacia el sitio donde Rafn supuso haberse edificado las casas de Leif, se hallaron también el 26 de Abril de 1831 varios esqueletos con armaduras análogas, hierros de lanza y otros instrumentos, equivalentes á los que usaban los normandos en el siglo X, por contener el bronce de su aleación los mismos elementos que el empleado para objetos similares descubiertos en Jutlandia, y también con verdadera precipitación dijeron algunos intérpretes, que los esqueletos debían corresponder á los de las víctimas que la cruel Freydisa hizo en su desdichada aventura, lo cual, en sentir de Gaffarel, merece reputarse sólo como hipótesis más ó menos admisible.

Igual prudencia conviene observar respecto de otras cosas descubiertas, que, como la piedra de forma oblonga con huecos circulares hallada en Tiverton, un hacha grande y pesada, dispuesta para adaptarse á mango dividido, tres puntas ó cuñas pulimentadas, á la manera de las del norte de Europa, rodelas, fragmentos de calderas y de vasos de arcilla con ornamentos tallados, estos últimos semejantes á los de los vasos tumulares de tiempos del paganismo; botones de piedra de la forma de huevo; anclas y puntas de flecha fueron recogidos en diversas localidades, y que aun despertando, según despertaron, la curiosidad y el interés de notables arqueólogos, deben considerarse todavía sometidas al más riguroso examen de la crítica moderna.

mento caracteres rúnicos, que interpretados con bastante libertad, les permitió asegurar que las toscas figuras representaban á Thorfinn, á su mujer Gudrid y al recién nacido Snorre, á quien se adivinaba en la letra S; que había rasgos figurativos de un navío defendiéndose del viento, de escudo blanco suspenso en señal de paz, de marineros ú hombres de tripulación, de enemigos *(Skroellings)* y hasta de arcos, flechas y más objetos. El último de dichos autores interpretando los trozos escritos, dió de ellos la siguiente traducción: «131 *hombres han ocupado este país con Thorfinn.*» Aun cuando el mayor número de las letras de este nombre propio se perciben con claridad en los facsímiles que de la inscripción aparecen en casi todos los libros que tratan del asunto, si bien igualmente los rudimentarios perfiles del dibujo se prestan en cierto modo á las explicaciones dadas sobre su simbolismo, es imposible desconocer que en otra parte éstas resultan aventuradas, ó á lo sumo ingeniosas, por la manifiesta y general imperfección que en el monumento domina. Por ello escritores como Worsae, Loffler y Gaffarel se inclinaron más bien á suponerlo de procedencia indígena, ó les parecieron el grabado y los caracteres indescifrables, como opina el último de los dichos; y otros que, cual Hosrford, no pueden tacharse de adversarios á las doctrinas sobre inmigración de gente normanda en América, no vacilaron en declarar que el celo exagerado de los anticuarios daneses había admitido, como prueba, dicho testimonio, que hoy la crítica rechaza (1).

Lo mismo puede decirse de las celebradas ruinas del edificio de Newport, descubierto en Rhode-Island, en forma de rotonda, hecha con piedras de granito; unidas entre sí por argamasa, y que consta de algunos arcos, descansando sobre ocho columnas. La Sociedad de anticuarios del Norte, que estudió cuidadosamente el monumento, declaró que era de procedencia normanda, tanto por no encontrarse en los demás países de América construcciones semejantes, que pudieran reputarse indígenas, cuanto por las muy notables analogías de dicha fábrica con las escandinavas de los siglos XI y XII, propias de Groenlandia y de diferentes puntos de Europa, atendido lo cual no han faltado

(1) Eben Norton Horsford, *Discovery of America.*

autores que consideren el hecho cierto y admisible (1); mas por otra parte, si se tiene en cuenta que las casas *(budirs)* edificadas por los normandos, y de que nos hablan las *Sagas*, fueron casi siempre de madera, y se recuerda que entre los primeros colonos que vinieron á Rhode-Island, desde 1638 á 1678, uno de ellos, llamado Benito Arnoldo, mencionó en su testamento el indicado edificio con las siguientes palabras: «El molino de piedra *que he construído*», se reconocerá también la conveniencia de no proceder ligeramente en el asunto ó de inclinarse á la opinión de aquellos críticos que atribuyeron origen británico al monumento (2). Con todo, sería temerario empeño olvidar el interés que despiertan los trabajos hasta hoy realizados, y la evidente utilidad de prestar atención á cuanto se investiga y escribe sobre el particular, ya que, aun prescindiendo de tales controvertidas pruebas, los sabios más entusiastas por la materia perseveran en el intento de revelar cada día nuevas demostraciones ó vestigios arqueológicos de los noruegos en América, pudiendo á este propósito invocar las modernas averiguaciones del tantas veces citado Horsford, que pretende haber descubierto en Cambridge, población del Massachusets, restos de dos grandes casas con cinco chozas á ellas unidas, las primeras para morada del jefe y personas de su familia, con destino las segundas á criados ó domésticos; en igual forma todo ello de las antiguas construcciones escandinavas y de las del mismo género, que Nordenskiold y otros viajeros contemplaron en Groenlandia. Por más que tan diligente observación, sujeta todavía, como muchas, á examen y análisis de la crítica, sólo merezca el título de hipótesis plausible, debe al menos esperarse que nuevas pesquisas y comprobaciones llegarán algún día á resolver la cuestión, que con extraordinario celo trataron de ilustrar arqueólogos é historiadores.

---

(1) Gaffarel.
(2) Loffler y Horsford.

VII.

Necesario es que á lo dicho y para completar, siquiera brevemente, el cuadro de las expediciones transatlánticas verificadas con anterioridad al portentoso y memorable hecho del siglo XV, recordemos ahora otras empresas y tentativas, que, procediendo de diferentes países occidentales de Europa, integran la serie no pequeña de viajes precolombinos. Basta observar en cualquier planisferio la disposición de tales regiones para percibir, sin gran esfuerzo, que sus habitantes debieron soñar en todo tiempo con la existencia de mundos lejanos, más allá de la inmensidad líquida que su vista diariamente contemplaba. Por eso, las islas británicas, y de modo más principal, entre ellas Irlanda, la verde *Erín*, gozaron siempre fama de naciones aventureras y marítimas. Con razón había dicho Avieno en la antigüedad: «Allí se mueve un pueblo numeroso, de espíritu fiero y muy activo: todos sus hombres se dedican exclusivamente á los cuidados del comercio y atraviesan el mar en sus canoas, que no construyen de maderas de pino ó de abeto, sino que fabrican con pieles y cueros.» Dotados, por lo mismo, de gran amor y entusiasmo hacia lo maravilloso, poblaron su vieja literatura de extraordinario número de leyendas, paganas en su origen, alimentadas y favorecidas luego por el espíritu religioso del cristianismo; pero evidenciando todas ellas el presentimiento de tierras occidentales, más ó menos hermosas y fantásticas. No de otro modo surge la historia, ni civilización alguna hubo que no contase en sus albores hechos obscuros, inciertos, pero verosímiles; personajes fabulosos, atrevidos sucesos y episodios, ficciones quiméricas y complicadas, que el análisis severo y profundo juicio de edades propiamente reflexivas se encargaron luego de aclarar.

El primero de aquellos irlandeses de corazón intrépido, cuyo recuerdo ha conservado la leyenda, se llamaba el bello *Condla*, hijo de supuesto monarca, que gobernaba la isla en la mitad del

siglo II, anterior á nuestra era. Hallándose con su padre en elevado paraje de sus dominios se presentó cierto día una mujer invitándole á que le siguiera «al país de los vivos, donde no se conocía la muerte ni el pecado, y se pasaba la vida en alegres festines». El anciano Rey, que oía las palabras sin distinguir quien las pronunciaba, recurrió á los encantos de los Druidas para impedir las sugestiones de la desconocida, que huyó, arrojando al Príncipe una manzana. Bien pronto se apoderó de éste sombría tristeza, y pasado un mes, cuando la misteriosa voz tornó á decir: «Hermoso mancebo: para librarte del pesar que te abruma y te causan tus deberes, sube á mi esquife de cristal, llegaremos al cerro de *Boadag*, y aunque hay otra tierra alejada, donde el sol se oculta, podemos alcanzarla antes de la noche y te convencerás de que es el país que encanta el espíritu de cualquiera que se vuelve hacia mí.» *Condla*, cediendo á tan reiteradas instancias, subió á la frágil barca y, ocultándose en espesas brumas, huyó, sin que nadie tuviera después noticia del arrojado Príncipe.

Esta leyenda, popular en Irlanda, se encuentra, modificada por las civilizaciones y creencias religiosas, bajo diferentes formas; mas el fondo subsiste y con él se evidencia que se trataba de un viaje por mar en dirección de Poniente y para el descubrimiento ó hallazgo de una tierra prodigiosa, llamada en antiguas narraciones, no menos populares: «*colinas de las hadas*, *Diutsid*, *Teu*, *Mag*, *Trogaigi*», y con más frecuencia «*Mag-mell*, ó «llanura de las delicias», célebre por sus abundantes frutos, por su árbol de plata que abrillantaban los rayos solares, por su fuente perenne, que semejaba al antiguo cuerno de la abundancia y por la singular belleza de sus mujeres, algunas de las cuales atrajeron las miradas y despertaron la pasión de los héroes *Cuculaín* y *Leogario*, verdaderos protagonistas de interesantes aventuras.

No fué sólo la región de *Mag-mell* el país que aparece citado en las leyendas irlandesas, puesto que también éstas nos hablan de otras tierras, igualmente maravillosas á las que abordaron los *fianns* y enaltecen la memoria del jefe *Fionn* y su hijo *Oisin*, mejor conocido por el nombre de *Ossian*, que ciego, cargado de años; pero conservando la fe en las divinida-

des de su pueblo y en el culto ideal de la virtud y el valor, es acogido por Patricio, el santo nacional de Irlanda. Entre el representante del druidismo y el defensor de las creencias cristianas suscitáronse pronto terribles disensiones que, calmadas por el segundo, permiten al primero recordar sus proezas, entre las cuales figura un viaje extraordinario á la gran tierra del Oeste llamada *Tirnanog* ó «Fuente de Juventud», deliciosa mansión de grandezas y portentos, elogiada por los irlandeses hasta el mismo siglo XVI, de tal suerte, que corriendo esa centuria, el español Juan de Solís pretendía haber descubierto tan prodigioso manantial, que rejuvenecía á los hombres, devolviéndoles la salud (1).

Seguramente, todas estas leyendas del paganismo son extrañas y fabulosas; pero contienen no escaso fondo de verdad; porque aun valiéndose, como se valen, de extraños personajes é inverosímiles sucesos, reflejan, sin embargo, la tenacidad en la creencia de una gran tierra occidental y en las posibles comunicaciones de los irlandeses con habitantes de países transatlánticos.

El mismo carácter y significación ostentan las ficciones, que propagandistas y apóstoles de la fe de Cristo divulgaron por el Occidente de Europa, entre las cuales alcanzó superior celebridad la del monje San Brandán, continuador de viajes marítimos, que sus predecesores Mernoc y Barintus habían realizado, y cuyos fantásticos pormenores no he de referir por haberse expuesto desde este mismo sitio (2) con mayor gallardía y elocuencia que yo pudiese hacerlo. Cierto es que en buena crítica no debe olvidarse la forma legendaria y poética de dicha narración, la de *Maelduino* y otras, como la de ciertos monjes armoricanos, que partiendo de San Mateo de Finisterre, buscaban en las islas del Atlántico la deliciosa morada, donde, en unión de los profetas Elías y Enoch, pretendían esperar el advenimiento del Juicio final; pero tampoco es lícito

---

(1) Gaffarel.—*Les irlandais en Amérique avant Colomb.*, 1890.

(2) Lo hizo el Sr. D. Eduardo Saavedra en su notable Conferencia «Ideas de los antiguos *sobre las tierras atlánticas*», pronunciada en el Ateneo de Madrid el día 17 de Febrero de 1891.

desconocer que tales monumentos literarios, de igual modo que los de época pagana, acreditan las expediciones realizadas á las islas Shetland, Feröe, quizá también á las Azores y, sobre todo, demuestran el incansable celo con que se perseguían y codiciaban nuevas tierras en un mundo marítimo más ó menos desconocido.

Pruébalo así, entre otras cosas, el hecho histórico que, separando ya nuestra vista de los datos puramente fantásticos, interesa en primer término consignar. Admiten de buen grado respetables autoridades en la materia, que tan pronto como los habitantes de Irlanda se convirtieron al Cristianismo, revelaron singular prurito por extender la ciencia y la fe hasta en los más apartados lugares. Aquella isla comenzó á llamarse *Isla de los Santos*, debido esto al gran número de sus monasterios, á la instrucción de sus sacerdotes y principalmente al fervoroso entusiasmo de sus predicadores y religiosos, que á partir del siglo VI de la Era cristiana, difunden la nueva doctrina en gran número de islas del Atlántico. Ya bajo el nombre de *Culdeos*, que, con etimología algo equívoca, se ha traducido por *Cultores Dei*, ó el de *Papæ*, es decir, clérigos, provistos de blanca túnica, á semejanza del gran misionero Columba, principal catequista de la Europa bárbara, se observa que dichos misioneros navegan en la doble dirección del Poniente y Noroeste. Mucho influyó para ese movimiento de emigración, el desacuerdo que sobre varios puntos de disciplina eclesiástica, relativos á la fijación de la Pascua, ceremonias anejas al bautismo, tonsura monástica y otros, surgió entre los monjes irlandeses y la mayoría de los católicos. Fieles los primeros á sus antiguos ritos, abandonaron la Inglaterra desde 664, con su Jefe, el obispo Colmán, para volver al Monasterio de Jona, antes que someterse á las decisiones de la conferencia de Wilby (1). Cincuenta años más tarde, cuando Nechtan, rey de los pictos, impuso la regla romana á su clero, los *Papæ* se desterraban voluntariamente de Escocia, y al declararse también Irlanda por la unidad católica, sirviéronles de refugio los archipiélagos del Atlán-

(1) Montalembert, *Les moines d'Occident.*—Gaffarel, *Les irlandais en Amérique avant Colomb.*

tico septentrional, y en los que primero unos, después otros, se establecen, mirados con recelo por los demás católicos, que les motejaban de africanos judaizantes (1). Los *Papæ* renunciaron sin gran trabajo á su patria, porque las regiones misteriosas del Norte ejercieron siempre en ellos poderoso atractivo, merced á lo cual reconocen y ocupan sucesivamente las Orcades y Shetland, desde donde á poco pasaron á las Feröe, y, por último, á Islandia (2).

Arrojados de ésta por las conquistas de los normandos, emigran en la primera de las direcciones antedichas, ó sea hacia el Poniente, de nuevo afrontan los peligros marítimos, y de tempestad en tempestad, de naufragio en naufragio, llegan á las tierras americanas, fijándose en la región que bautizan con el nombre de *Irland-it-Mikla* ó *Gran Irlanda* (3). Advertidos ya por la experiencia, guardaron con especial reserva los irlandeses el secreto de las nuevas exploraciones para que no fuesen conocidas en Europa; pero habiéndolos perseguido allí también los normandos de Islandia, pudieron éstos darnos prueba y de-

---

(1) Beauvois, *Relaciones precolombinas de los Gaels con México.* (Congreso Americanista de Copenhague.)

(2) La ocupación que los irlandeses hicieron de las primeras islas atlánticas visitadas, no halló resistencia en sus antiguos pobladores, que antes bien simpatizaron con ellos hasta el punto de adoptar el mismo traje de los que les dispensaban el beneficio de iniciarlos en la civilización. Cuando en el siglo IX el rey Haraldo Harfager de Noruega invadió dichos archipiélagos, los cristianos fueron perseguidos y reemplazados por paganos de Scandinavia. El nombre de los *Papæ* se conservó, sin embargo, en las Orcades y se perciben sus derivaciones en las islas *Papawertra*, *Papostronsa* y en muchos lugares de *Paplay*. Igualmente entre las Shetland figuran las tres islas de *Papastone*, *Papalittle*, *Papa* y el dominio de *Papil*. (Gaffarel.)

El establecimiento de irlandeses cristianos en las Feröe é Islandia, se encuentra consignado por el monje Dicuil, que al redactar en 825 su famoso libro geográfico, *De mensura orbis terræ*, del que hicimos mérito en la segunda parte de este trabajo, refirió minuciosamente las peregrinaciones marítimas y colonización de los irlandeses en dichas islas. Sabido es que cuando por primera vez las visitan los normandos, descubrieron manifestaciones y vestigios indudables de la existencia de los *Papæ*, como eran, por ejemplo, libros irlandeses, campanas, báculos y otros objetos. Estos hallazgos procedían de los territorios de *Papey* y *Papylé* en la parte oriental de Islandia. (Humboldt, *Cosmos è Histoire de la Geographie du nouveau continent.*—Gaffarel, *Les irlandais en Amérique avant Colomb.*)

(3) El historiador que ha dilucidado mejor este importantísimo asunto de la colonización irlandesa precolombina, ha sido Mr. Beauvois en su *Decouverte du Nouveau Monde par les Irlandais et premières traces du christianisme en Amérique avant l'an* 1000 (Congreso Americanista de Nancy, 1875), y en otras obras.

mostración casi perfecta del establecimiento de hombres cristianos en el Nuevo Mundo.

Tres obras islandesas hablan de *Irland-it-Mikla*. La primera es el *Landnamabok*, que refiere el hecho de haber arribado en 983 el navegante Aré Marsson, natural de Reykianes, por impulso de fuertes vendavales, á las costas de *Hvitramannaland*, que algunos llaman *Irland-it-Mikla*, donde sus pobladores forzosamente le obligaron á que permaneciese, esmerándose en tratarle con honor. Llegó, sin embargo, á Islandia el rumor de tales hechos por referencias no despreciables, entre otras la de cierto Duque ó Jefe de las Orcades, y de ese primer texto resulta, que los colonos irlandeses ocupaban entonces gran extensión de territorio situado al Oeste, desde el cual impedían á náufragos y viajeros que volvieran á su país.

Otro libro curioso, la *Eyrbygia Saga*, ó historia de personajes notables, que vivieron en regiones de Islandia occidental, conmemora las heróicas empresas de Biorn Asbrandson, célebre guerrero sueco de Jomburgo, que mereció llamarse el Campeador de Bredevig, y desterrado de su nueva y adoptiva patria por riñas y asesinatos, á los que le condujo criminal pasión amorosa, tuvo que emigrar á lejanas tierras, hasta que en 1029 otro islandés, Gudleif Gudlangson, al tocar por impulso de violento temporal á playas del Sudoeste, verificando travesía en viaje de retorno á Dublín, alcanzó, después de bogar sin rumbo fijo durante varios días, ignorada comarca, y allí con sus compañeros se vió rodeado por centenares de hombres que, apoderándose de ellos, los encadenan y aprisionan, presentándolos ante solemne reunión ó asamblea, en la que algunos de sus individuos querían asesinarlos, prefiriendo otros reducirlos á esclavitud. Seguían las deliberaciones cuando llegó numerosa tropa de jinetes provistos de estandartes, mandada por anciano y corpulento jefe, ante quien los asistentes se prosternaron encomendándole la decisión del asunto. El hombre venerable dirigió afectuosamente la palabra á los náufragos, interrogóles por su patria y hasta les hizo dádivas de consideración. Creyó entonces Gudleif reconocer en tan inesperado protector á su compatriota el Campeador de Bredevig; pero fuera esto ó no exacto, y prescindiendo, como es de prescindir, de los varios episodios

romancescos que en la narración figuran, parece, sin embargo, auténtico el hecho de que los dos personajes fueron sucesivamente arrojados por violenta tempestad á un país situado muy al Oeste, que disfrutaba de cierto grado de civilización, donde era familiar la lengua irlandesa y cuyos moradores tenían por sistemática costumbre asesinar ó reducir á esclavitud á los extranjeros que allí llegaban. Dicho lugar, colocado al Poniente de Irlanda é Islandia, esto es, en dirección de América, corresponde á *Irland-it-Mikla*, que Aré Marsson había anteriormente visitado (1).

El tercer documento literario histórico, que es la famosa *Saga* de Thorfinn Karlsefne, formada con varias relaciones de normandos, descubridores de Vinlandia, abraza también un pasaje importante que ratifica el establecimiento de los irlandeses en el Nuevo Mundo, según oportunamente dijimos al referir el encuentro y conversación de Thorfinn con aquellos jóvenes Skroellings, después bautizados, que hablaron de un territorio en frente del suyo, poblado por gente vestida de blancas túnicas, que tenía la costumbre de emprender marchas llevando sendos palos con banderas y daban fuertes gritos, de lo cual infieren varios autores que tales hombres eran *Papæ* ó indígenas colonizados por ellos, así como estandartes y procesiones religiosas las enseñas y cánticos, que tan vivamente impresionaron la imaginación de los esquimales. La región á que éstos aludían no podía ser otra sino la de *Hvitrammanaland* ó *Irland-it-Mikla* (2).

Los citados testimonios acreditan el origen irlandés de esas designaciones geográficas, equivalentes á *Tierra de los hombres blancos* ó *vestidos de blanco* y *Gran Irlanda*, país en el que sus habitantes usaban igual traje que San Columba, servíanse de su patrio idioma, permaneciendo fieles al Cristianismo, según lo prueban sus especiales ceremonias; y poco piadosos con los náufragos, pretendían, tal vez para futura se-

---

(1) Gaffarel, *Les irlandais en Amérique avant Colomb.*

(2) Así lo dice el mismo Rafn en sus *Antiquitates americanæ*, por medio de estas elocuentes palabras: «*Hanc putant esse Hvitrammanaland* (*Terra Hominum alborum*) *sive Irlandiam Magnam.*»

guridad y por evitar nuevas persecuciones de los normandos, que se ignorasen aquellos descubrimientos; como resultado de todo lo cual, bien puede mantenerse la doctrina de que emigrados irlandeses reconocieron y hasta colonizaron una porción del continente americano septentrional: cierto es que las Sagas islandesas carecen algún tanto de indispensable precisión; pero tal defecto no impide conceder á la existencia de *Irland-it-Mikla* el valor de hecho histórico real y positivo (1).

---

(1) Gaffarel. Obra ya citada.

Este autor y otros, como Beauvois, entusiastas partidarios de las tradiciones cristiano-europeas en América, no vacilan en añadir nuevas demostraciones á su tesis, recordando con tal propósito la expedición marítima de los hermanos Zenos, é igualmente el viaje y aventuras del príncipe de Galles, Madoc, hijo de Owen.

En el último tercio del siglo XIV, dos célebres patricios de Venecia, Nicolás y Antonio Zeno, navegaron durante largo tiempo por el Atlántico, llegando en el NO. de Europa á casi todos los países que anteriormente habían poblado los *clerici* ó *papæ*. Refirieron sus viajes, haciendo mérito de las regiones visitadas, entre las cuales, y en la carta geográfica que conforme á dichos datos se redactó, publicándose dos siglos más tarde, aparecen dibujadas la Escocia, Dania ó Dinamarca, Gotia ó Suecia, el archipiélago de Estland, que debe ser el grupo de las Shetland, y más al Occidente Islandia. Entre los 61° y 65° de latitud, al Sur de la última y Noroeste de Escocia, se ve la tierra denominada *Frislandia*, donde gobernaba el príncipe *Zichmni;* al Norte, se destaca *Engronelant*, y hacia el Sur y Poniente la isla de *Icaria* y las costas de *Estotiland* y *Droceo*. Sobre la posición geográfica de todos esos lugares discuten mucho los autores, sin que á pesar de ello y de las eruditas alegaciones presentadas al Congreso de Americanistas de Copenhague en 1883, brille completa luz en tan interesante punto. Además, la circunstancia de no haberse conocido en Europa las noticias de los Zenos, hasta que en 1558, ó sean cincuenta y dos años después de la muerte de Colón, las dió á la estampa Marcolini, vulgarizadas luego, desde 1574, por los trabajos de Ramusio, ha servido para que algunos críticos, como *Zahrtmann*, *F. C. Irminger* y varios más, desposeyeran de valor histórico al testimonio, y negando la autenticidad de los descubrimientos, tildasen de quiméricos y fabulosos los pormenores contenidos en la relación de los marinos venecianos. En cambio, su compatriota el Cardenal Zurla, los ingleses Major y Winson, y sobre todo Beauvois y Gaffarel, atribuyen gran valor é importancia al documento, sosteniendo que el *Estotiland* corresponde exactamente á *Irland-it-Mikla;* porque sus habitantes desconfiaban, como en tiempo de Biorn y Gudhleif, de los extranjeros á quienes retenían en cautividad, y sobre todo por la avanzada civilización de aquel país, donde se conservaron libros latinos que los naturales no entendían; pero que deben suponerse de origen irlandés. Las proporciones ya excesivas de nuestro trabajo nos vedan el análisis minucioso que el asunto requiere.

En cuanto á la tradición celta, que los ingleses David Powel (Londres, 1584) y Hakluyt (1600) dieron á conocer, puede recordarse que, según ella, en el año 1170 se promovió fuerte contienda por sucesión al trono entre los hijos de Owen Guyneth, rey de la parte septentrional del territorio de Galles. Madoc, uno de estos príncipes, fatigado con semejantes discusiones, resolvió emigrar en busca de morada más tranquila; navega hacia el Poniente, dejando atrás la Irlanda, y llega á un sitio que le pa-

Por lo mismo, críticos é historiadores de competente reputación, se afanaron en discutir y analizar la equivalencia geográfica probable de dicha comarca. El mayor número de los sabios se limitó á reproducir la opinión de Rafn, que colocaba *Irland-it-Mikla* en la parte meridional de los Estados Unidos, apoyándose para ello en una vaga tradición de los indios Savanahs, según la cual, la Florida estuvo habitada en antiguos tiempos por hombres de raza blanca, que poseían instrumentos de hierro. El célebre historiador escandinavo alegaba también pretendidas analogías de lenguaje y persistentes vestigios del Cristianismo en la misma Florida; pero Beauvois, mediante riguroso estudio de los textos y sólida argumentación, declara que la verdadera posición de *Irland-it-Mikla* conviene imaginarla mucho más al Norte, ya en la isla de Terranova, ó bien

---

reció muy agradable; á poco regresa á su patria y arrastra consigo buen número de partidarios, á los que logró persuadir sin gran esfuerzo, para que le acompañasen y se decidieran á cambiar el suelo frío y estéril de la isla por una región magnífica, buscando también las delicias de la paz, que reemplazarían á las fuertes agitaciones de la guerra civil. Cantadas éstas hazañas por un compatriota del navegante, el bardo *Meredith*, que vivió antes de los descubrimientos de Colón, y habiéndose consignado los mencionados hechos en las triadas de los Gallos, que se supone corresponden al siglo XII, no parece probable que el viaje de Madoc fuese, como pensaron críticos muy sagaces, total y completamente inventado por Powell y Hakluyt, para sostener y legitimar los proyectos territoriales y de conquista que animaban á Víctor Raleigh durante el gobierno de Isabel de Inglaterra. El mismo Humboldt, cuyo serio juicio y autoridad son innegables, escribió en sus dos famosas obras las siguientes palabras: «No comparto en modo alguno el menosprecio con que han sido juzgadas esas tradiciones nacionales; por el contrario, abrigo la firme persuasión de que con mayor asiduidad, el esclarecimiento de hechos hoy desconocidos ilustrará mucho semejantes problemas históricos.» Tampoco debe olvidarse que el Rvdo. P. Fr. Gregorio García, en el cap. VI del lib. IV de su eruditísima obra *Origen de los indios del Nuevo Mundo*, ya citada en la primera parte de este trabajo, reproduce la cita poética y las doctrinales de dichos autores ingleses, cuyas opiniones no le parecen del todo inverosímiles.

Los comentaristas que patrocinaron la autenticidad de la expedición de Madoc, emitieron diversos juicios sobre la equivalencia del lugar en que desembarcó el príncipe gallo. Hakluyt pretendió hallarla en el Yucatán; Horn y otros, fundándose en analogías gramaticales muy controvertibles, la refirieron á Virginia, lo cual mereció las censuras de Robertson. Torres Caicedo sostuvo que en la lengua Tuneba, hablada por los indios de un cantón septentrional de Nueva Granada, se descubrían muchos vocablos de origen celta; el ministro metodista Beatty, gallo de nacimiento, creyó sorprender su propio idioma entre algunos salvajes de la Carolina; pero el mayor número de probabilidades, según Gaffarel, permiten resolver la cuestión en el sentido de que cuando Madoc emigró tenía noticias de países occidentales, y que por lo mismo á donde debió arribar fué al tantas veces citado paraje de *Irland-it-Mikla*.

sobre la orilla del San Lorenzo. Resulta, en efecto, de diversos pasajes de las Sagas, que *Irland-it-Mikla* estaba situada entre el Helluland y Vinland, y siendo probable, como oportunamente dijimos, que la primera de esas denominaciones correspondiese á la moderna tierra de Labrador, y la segunda á los Estados de New-York, Rhode-Island y Massachusetts; es claro que el *Irland-it-Mikla* ó *Hvitrammanaland* debe suponerse entre esas dos regiones, ocupando la orilla meridional del San Lorenzo y las islas que forman el golfo de este nombre (1).

VIII.

Otro pueblo del Occidente de Europa surcó también con sus naves, en los siglos medios, las aguas del Atlántico, llegando á los mismos ó no lejanos parajes, que dejamos indicados; si bien por virtud de estímulos algún tanto diferentes de los que impulsaron á normandos é irlandeses en sus dichas peregrinaciones. Considérase hoy fuera de duda que la emprendedora y activa raza de los vascos españoles y franceses, persiguiendo á la ballena en los mares del Norte descubrieron las islas y costas de América septentrional. Tan notable importancia alcanzó en las playas de Cantabria la pesca, la marina de guerra y el comercio marítimo, que el rey D. Sancho (*el Sabio*) de Navarra concedió fuero á la ciudad de San Sebastián el año 1150, enumerando, entre los artículos que devengaban derechos de Aduanas, la carga de boquinas-barbas de ballenas, gravadas con dos dineros. Privilegios semejantes otorgó Alfonso VIII de Castilla á Fuenterrabía en 1203, á Motrico y á Guetaria en 1204. Fernando III, por Real carta, fechada en Burgos á 28 de Septiembre de 1237, hizo parecida concesión á Zarauz, y este documento contiene prueba más evidente de la antigüedad de la pesca de ballena; pues una de las cláusulas expresa de acuerdo con la costumbre *(sicut forum est)*, que el rey percibiría una tajada del cetáceo

(1) Gaffarel. Obra citada.

por el lomo, desde la cabeza hasta la cola (1). Si á ello se agregan, como datos de verdadero valor histórico, el sitio que puso á Bayona en 1131 Alfonso I de Aragón, la muy activa parte que en el de Sevilla tomaron las naves vizcaínas, dirigidas por Ramón de Bonifaz, el socorro que los marinos vascongados prestaron á Felipe el Hermoso de Francia en el asedio de la Rochela, la derrota de la escuadra vasca en aguas de Flandes por otra inglesa, que acaudillaba Eduardo III, y la completa victoria que sobre los ingleses obtuvieron los vascos delante de dicha plaza, y que les permitió imponer duras condiciones á los vencidos, entre ellas la de que éstos les consintieran pescar y comerciar en las Islas Británicas (2) no dejarán de reconocerse las grandes facilidades que á los hábiles y expertos marinos del Norte de España y Occidente de Francia se ofrecían para inclinarlos á más largos y penosos viajes. Ya en el siglo XIII se elogiaba á los vascos de Biarritz por su afán para esa clase de empresas, y aun el viajero que inspecciona las costas de Vizcaya percibe de trecho en trecho ruinas de antiguas torres y hornos que servían, las primeras de lugares de observación para distinguir á lo lejos las ballenas, y se aplicaban los segundos á derretir y preparar las grasas (3). Partiendo las embarcaciones de unos y otros puertos del Cantábrico, no es temerario conjeturar que, acosadas las ballenas por sus terribles y denodados perseguidores, se alejasen cada vez más en dirección septentrional y si, como las observaciones geográficas de nuestro tiempo han demostrado, la corriente marítima polar, al romper sobre las costas de Islandia, se divide en dos brazos, que marcha uno á las costas del Labrador y el otro á la bahía de Vizcaya, motivo por el que se la designa con el nombre de corriente *Vascocanadiense*, lógico también es presumir que, siguiendo los barcos vizcaínos la línea curva de una elipse, favorecidos además por el impulso de los

---

(1) Mr. Clements R. Markam.—*Pesca de la ballena por los vascos españoles.* Artículo publicado en la revista inglesa *Nature;* traducido por D. Cesáreo Fernández Duro é inserto en el *Boletin de la Sociedad Geográfica de Madrid*, t. XII.

(2) Datos consignados por nuestro cariñoso amigo, el sabio y erudito Sr. D. Cesáreo Fernández Duro en su interesante conferencia dada en la Sociedad Geográfica de Madrid el 29 de Noviembre de 1881.—*Boletin* de dicha Sociedad, t. XII.

(3) Gaffarel.—*Congreso internacional de Americanistas de Berlin*, 1888.

vientos, tocasen en la entrada del golfo de San Lorenzo (1).

De tal modo, sin duda los intrépidos marinos pudieron contemplar innumerables *bacallaos*, cuya pesca y conservación originaron una segunda y no menos productiva industria. Al dar en 1463 el monarca Enrique IV de Castilla su regio arancel para la ciudad de San Sebastián, citó varios artículos de los que solían entrar por los puertos de Guipúzcoa; entre ellos figura el bacalao, lo cual obliga á confesar que por entonces se habían descubierto ya los bancos y arrecifes donde se cría ese pescado. Para las indispensables faenas de salarlo y conservarlo se necesitaban tierra y aire seco á la sombra, condiciones que los vascongados hallaron en Terranova y Labrador (2) á donde, según

---

(1) Faucher de Saint Maurice y Marqués de Premio Real en sus escritos *El Canadá y los Vascos*, 1879.

(2) Conferencia ya citada del Sr. D. Cesáreo Fernández Duro en la Sociedad Geográfica de Madrid.

Mr. Marmette, en su escrito *Les Decouvreurs du Canadá*—Les *Basques*, 1879, dice: que los vascos fueron, en el Oeste de Europa, los primeros pescadores de ballena, como los normandos lo habían sido en el Norte, distinguiéndose principalmente los marinos de San Sebastián, Deva, Irún, Cabo Bretón, Biarritz, Guetaria, San Juan de Luz y Siboure. Cuando comenzó á ser rara la presencia del terrible cetáceo en las costas españolas, fué preciso buscarlo en alta mar. Bien pronto la experiencia acreditó que las ballenas eran más numerosas, conforme los barcos se dirigían hacia Poniente, y sus tripulantes, por modo insensible, con enérgica resolución, llegaron á los bancos de Terranova, donde tales monstruos marinos abundaban. Allí percibieron esas legiones *de bacalaos* (*morues*, dicen los franceses) que hoy surten á todo el mundo. Primeramente pescáronle para los marineros, después lo salaron para traerlo á sus familias, y reparando en su buena conservación, no pasó mucho tiempo sin que llegaran á servirse de él como importante artículo de comercio. En la costa de Terranova empezaron á colocarse los primeros enrejados de madera ó aparatos para la salazón, que se conocen con el nombre de *Pignalac*.

Mr. Pierre Margry, de quien Marmette declara tomar las anteriores noticias, expresa además en sus *Navegaciones francesas.—Memoria escrita en* 1710 *para los negociantes de San Juan de Luz y de Siboure;* que después de haber visitado los vascos las costas de Terranova debieron entrar en el golfo de San Lorenzo, llamándole Gran Baya, y á una especie de ballena superior la designaron con el nombre de *Gran bayaco baleac*. Por entonces descubrirían las costas del *Canadá*, vocablo éste que significa *canal*, y que les pareció propio por hundirse el gran río en las tierras; pero á tal etimología, bastante equívoca, han opuesto Willis en sus *Paysages Canadiens* la de *Kanata*, que en lengua del país vale tanto como reunión de cabañas, y la mucho más ingeniosa y verosímil, patrocinada por Hennepin, La Potherie, y el mismo Conde de Premio Real, que atribuyen á los vascos la denominación del *Cabo de nada*, puesta á dichos lugares, por haberlos visto durante época de las nieves, como aun hoy sucede en la isla de Anticosti, tierra *que nada da*, y no es difícil que los salvajes, oyendo esa frase á los europeos, formasen luego por contracción el actual nombre de *Ca-na-dá*.

hipótesis no despreciables, les siguen habitantes de las costas de Bretaña y Normandía, que también se acostumbraron á visitar dichos países y el golfo de San Lorenzo (1).

El hecho resulta lógico y natural; su autenticidad parece tan demostrada, que fuera vano empeño negarla ó contradecirla. Las mismas noticias que en el siglo XV se tenían de las regiones atlánticas lo evidencian y confirman; puesto que en la 7.ª hoja del Atlas de Bianco del año 1436 se percibe al Oeste una isla, *Scorafixa* ó *Stocafixa*, que corresponde casi á la misma Terranova. *Formaleoni*, primer editor de tan curioso documento, creyó, no sin razón, encontrar el nombre de *Stockfish* ó isla de los *Bacallaos*, de lo cual es difícil que Bianco hubiese tenido idea, si los mismos vascongados no hubieran hecho públicos sus descubrimientos, y desde la mitad de la indicada centuria todas las cartas geográficas del Océano presentan en la dirección de América del Norte cierto número de islas, bautizadas con el mismo nombre de *Stockfish*, ó bien con la palabra vizcaína *Bacallaos*, que por largo tiempo se aplicó especialmente á Terranova, y que perpetuándose hasta nuestros días puede verse á la extremidad Norte de la bahía de la Concepción en la pequeña isla de los *Bacallaos*, roca aislada, sobre la cual se reunen millares de pájaros acuáticos (2).

Por otra parte, las muchas denominaciones geográficas de origen vasco, que se conservan en Terranova y en la región francesa del Canadá, algunos rasgos especiales de sus moradores, que traen á la memoria costumbres y hábitos de nuestros antiguos vizcaínos, la circunstancia por demás importante del largo tiempo que en esos países se habló la lengua vascongada; asimismo la obligación que tenían de conocerla todos los europeos que navegaban en aquella dirección, y, por último, ciertos vínculos de simpatía entre los colonos franceses de tales comarcas americanas y nuestros compatriotas, han servido para ilustrar el problema (3), pudiendo, sin violencia, sostenerse que

---

(1) Gaffarel y Marmette en sus trabajos ya citados.

(2) Gaffarel.— *Congreso internacional de Americanistas de Berlin*, 1888.

(3) Gaffarel y Marmette afirman que la nomenclatura castellana de *Labrador* y *Tierra de labor*, aplicada á una parte de América septentrional, patentiza su hallazgo por vascos españoles, y en cuanto á Terranova, muchas designaciones geográficas de

aun cuando las noticias sean incompletas y confusas, no es aventurado creer que pescadores vascos, españoles y franceses, negociantes de Bretaña y Normandía frecuentaban el gran banco de Terranova, sus islas y costas vecinas, á las que dieron nombres parecidos á los de su lejana patria; y seguramente el asunto recibirá mayores luces en lo futuro, si, como parece verosímil, se logran nuevas pruebas y documentos en apoyo de opiniones que, por lo menos, son dignas de consideración y respeto.

Llegamos, no sin fatiga propia, mayor aún de nuestros oyentes y lectores (1) al término de penosa jornada, en la que movidos por sano y humilde anhelo solamente nos propusimos reunir y condensar las noticias de mayor interés sobre las varias tentativas, que así en el orden meramente especulativo, como en el práctico ó de los hechos, se realizan antes del siglo XV, con el fin de acreditar que existían importantes comarcas más allá del Atlántico.

Resulta incuestionable, merced á los datos que severamente tiene adquiridos la erudición y la crítica modernas, que en la llamada Edad Media de la historia, y antes de que Colón emprendiera sus arriesgadas expediciones, diferentes hombres atravesaban el mar occidental, con la fortuna para muchos de ellos de haber visitado territorios americanos, conforme lo hicieron, si no otros, normandos y vascongados.

---

esa isla acusan origen éuskaro. Así, por ejemplo, *Rognouse* se asemeja á *Orrongne* villa situada á media legua de San Juan de Luz, y cabo *Raye* quizás procede etimológicamente del vocablo vascongado *arraico*, que significa persecución ó aproximación; porque allí los marinos necesitan sortear con cuidado la gran fuerza de las corrientes. El nombre de *Cabo Bretón*, dado á la punta meridional de la citada isla, es el mismo de un pueblo inmediato á Bayona y el del promontorio *Gratz* se deriva, á no dudar, de la palabra vasca *Grata*, que equivale á establecimientos para los trabajos de la pesca del bacalao. Las denominaciones de *ulicillo*, agujero para pescados; *ophoportu*, vaso para leche; *portuchua*, pequeño puerto, y otras más que pudieran mencionarse revelan también igual origen vascongado.

(1) Para no abusar de la bondad del auditorio más de lo que á ello nos obligó la índole propia de este trabajo, suprimimos en nuestra conferencia oral bastantes indicaciones de las que ahora figuran en su texto, robustecidas por medio de diferentes notas, que para mayor ilustración del caso hemos juzgado conveniente añadir.

Sus viajes, sin embargo, no dejaron la huella profunda que de los mismos se podía esperar: el carácter de las sociedades y de la vida, á partir del siglo V, había sido *predominantemente individual;* parece que todo ofrece ese sentido en aquellos obscuros tiempos: la ciencia apenas intenta traspasar los umbrales de la celda ó salir de los claustros donde se profesa; los descubrimientos geográficos quedan encerrados en el país ó en la morada del atrevido navegante, que tuvo la suerte de hacer la exploración.

Negar por eso el valor propio de tales hechos, bien puede juzgarse temeridad, cuando merecen que se los considere como naturales precedentes del extraordinario acontecimiento del siglo XV. La más importante cuestión que, á nuestro juicio, palpita durante toda la Edad Media en el dominio de la Historia y de la Geografía, es la de *ampliar*, digámoslo así, la porción de la tierra poseída y habitada por el hombre. Adoptan unos el derrotero de Oriente, como Juan de Plan Carpino, Rubruquis, Marco Polo, Pegoletti, nuestro mismo Ruy González de Clavijo y tantos otros, que con más ó menos maravillas describieron las comarcas del interior y Levante de Asia; no faltan quienes trazan la ruta por el Sur, llegando á las islas de Porto Santo, Madera y las Azores; y en la costa occidental de África á los Cabos Bojador, Blanco y Verde, al golfo de Benim, á la desembocadura del río Zaire, y, por último, al hórrido Cabo de las Tormentas, más tarde de Buena Esperanza; preciosos hallazgos geográficos, magistralmente relatados desde este mismo sitio (1); pero en realidad, lo que en el fondo de todo ello se adivina es una irresistible tendencia á ensanchar el círculo de los conocimientos positivos sobre las regiones terrestres; formulando así con firmeza aquel temeroso problema que la edad antigua presintió, que las centurias siguientes apenas vislumbran y que desde el siglo XIII al XV toma carta de naturaleza; que no era otro sino el de la *forma* y *magnitud* del planeta, y, por lo tanto, la posibilidad de buscar, como el gran genovés imaginó y proclamaba, un camino para las Indias orientales y

(1) Lo hizo así el insigne historiador lusitano, Sr. Oliveira Martins, en su notable conferencia leída en el Ateneo de Madrid el día 24 de Febrero de 1891.

breve rumbo que en poco tiempo pudiera conducir á los países del *Kathaï* y *Zipangú*, brillantemente descritos por Marco Polo.

En suma; los viajes y expediciones que hemos procurado reseñar no amenguan lo más mínimo el prestigio de Colón, ni jamás la gloria de los grandes é inmortales reveladores se deslustra porque antes de ellos otras personas, sin éxito seguro y trascendentales consecuencias, quisieran avanzar en el camino de la perfectibilidad y del progreso.

Todos los grandes hechos de la historia han tenido siempre su lenta elaboración, llegando á realizarse en el momento providencial de estar preparados y unidos los medios eficaces que pueden hacerlos sólidos y fecundos. Persiguieron vanamente los imperios asiáticos la idea de asociación universal, por medio de las conquistas militares; Grecia pretendió alcanzarla valiéndose del Arte y del Comercio, y sólo cuando Roma supo añadir á estos factores los de la lengua y el derecho, se cumple la misión que inútilmente habían ensayado las civilizaciones que anteceden en la senda de la vida. De igual modo en religión el monoteísmo profesado por los antiguos hebreos aspiró, sin conseguirlo, á reemplazar al politeísmo idolátrico de los pueblos orientales, éste, á su vez, encarnándose en los adecuados moldes del antropomorfismo clásico, quiso perpetuar creencias más humanas para los pueblos cultos, sin detenerse á considerar que los filósofos y pensadores, protestando á su manera, enseñaban otras muy superiores doctrinas. El día santo y feliz en que la sublime religión del Salvador, al juntar en admirable consorcio el ideal divino y humano, predica las dos eternas verdades de la unidad de Dios y la de nuestra especie, sublimadas con el espíritu de caridad y amor al prójimo, hermoso principio de fraternidad, capaz de regenerar al mundo y destruir toda clase de odiosos privilegios de raza, de nación, de clases, de sexos y jerarquías, es posible que nazca, fructifique y se consolide una nueva religión, con sentido verdaderamente católico ó universal.

Así, pues, el gran acontecimiento geográfico-histórico de *preparar* la demostración práctica de la esfericidad del planeta y de extender la civilización, con opimos frutos, á pueblos, que

en su mayor parte yacían apartados de todo trato y comunicación con las sociedades de nuestro continente, no pudo realizarse hasta el instante venturoso en que constituída la Europa y robustecido el poder de los Estados por el predominio de las grandes monarquías se reunen á ello todos los demás elementos indispensables para el caso.

Colón, nacido en la risueña y pintoresca Italia, llevando en su alma el espíritu del Renacimiento, del que se apodera y saca á flote con voluntad firme é inquebrantable las ideas profesadas por algunos sabios que le precedieron, y por la más sana parte de sus contemporáneos, representa el genio superior, colocado en el límite de dos grandes edades de la vida é historia universal para el cumplimiento de fines providenciales, cuyas leyes necesariamente se cumplen, aunque á los hombres sea sólo dado acreditarlas, cuando las observan y ven realizadas.

El día en que el inspirado nauta encuentra dispuestos los materiales, que anteriormente las edades y generaciones habían atesorado, puede llevarse á cabo el importantísimo y extraordinario hecho que ha merecido llamarse *Descubrimiento de América* (1), porque en Colón, según nuestro humilde y leal parecer, se simbolizan y compendian los tres grandes factores que en la Edad Media pugnaron por abrirse camino; pero que individualmente cada uno de ellos fué estéril para el logro de la empresa. De un lado las maravillosas intuiciones y conocimientos cosmográficos, que llegan á producirle la idea tenaz y firme convicción respecto á la *posibilidad* del viaje que desde luego plantea y propone; de otra parte su entusiasmo religioso y ardiente fe, que semeja renovar la de los *Papæ* y monjes irlandeses, impulsándole á llevar las doctrinas y creencias cristianas á pueblos sumidos en la más espantosa idolatría; finalmente, la intrepidez y arrojo de experto navegante, hábil en *cosas de marear*, que igualan, si no superan, al valor y audacia de los normandos, y que, como á ellos, le permite desafiar los peligros del Atlántico.

---

(1) Con razón ha dicho el eminente geógrafo Reclus estas palabras: «La llegada de Colón al Nuevo Mundo es acontecimiento, que bajo el punto de vista de la historia general parece ser *el hecho glorioso por excelencia*. *Nouvelle Geographie universelle*, t. XV, página 73.

Concluyamos, pues, reconociendo que si América había sido *visitada* por hombres del Norte, á *Colón* y á *España* se debe la inmarcesible gloria de que al llegar la fecha, cuyo Centenario conmemoramos, aquellas regiones no fueran ya, como abandonadas playas ó una porción más de tierra en la inmensidad desconocida del planeta, y en la que algún europeo afortunado hubiese puesto la planta, sino por el contrario, un *Mundo* verdaderamente *nuevo* que desde entonces y para siempre quedaba abierto á los fúlgidos esplendores de la Religión, de la Ciencia, del Arte, del Comercio y de la Historia.—He dicho. *(Grandes y repetidos aplausos.)*

SUMARIO.

I.—Diversas hipótesis sobre la posible llegada de gentes orientales en tiempos antiguos al mundo americano.
II.—Doctrinas cosmográficas de los escritores de la Edad Media.
III.—Colonización de Islandia por los normandos.
IV.—Los normandos en Groenlandia.
V.—Los normandos en América.
VI.—Crítica del problema geográfico-histórico de colonización escandinava en el Nuevo Mundo.
VII.—Los irlandeses en América.
VIII.—Viajes de vascongados por el Atlántico.
Resumen y conclusión.

CONFERENCIAS PUBLICADAS.

Sr. Cánovas del Castillo.—Criterio histórico con que las distintas personas que en el descubrimiento de América intervinieron han sido después juzgadas.

Sr. Oliveira Martins.—Navegaciones y descubrimientos de los portugueses anteriores al viaje de Colón.

Sr. Fernández Duro.—Primer viaje de Colón.

Sr. General Gómez de Arteche.—La Conquista de Méjico.

Sr. Fernández Duro.—Amigos y enemigos de Colón.

Sr. Pi y Margall.—América en la época del descubrimiento.

Sra. Pardo Bazán.—Los Franciscanos y Colón.

Sr. General Reina.—Descubrimiento y conquista del Perú.

Sr. Riva Palacio.—Establecimiento y propagación del Cristianismo en Nueva España.

Sr. Montojo.—Las primeras tierras descubiertas por Colón.

Sr. Balaguer.—Castilla y Aragón en el descubrimiento de América.

Sr. Marqués de Hoyos.—Colón y los Reyes Católicos.

Sr. Cortázar.—Gea americana.

Sr Danvila.—Significación que tuvieron en el gobierno de América la Casa de la Contratación de Sevilla y el Consejo Supremo de Indias.

Sr. Zorrilla de San Martín.—Descubrimiento y conquista del Río de la Plata.

Sr. Rodríguez Carracido.—Los metalúrgicos españoles en América.

Sr. D. Pedro A. del Solar.—El Perú de los Incas.

Sr. Jardiel.—El venerable Palafox.

Sr. Pedregal.—Estado jurídico y social de los indios.

Sr. Colmeiro.—Primeras noticias acerca de la vegetación americana y resumen de las expediciones botánicas de los españoles.

Sr. Ruiz Martínez.—Gobierno de Frey Nicolás de Ovando en la Española.

Sr. Marqués de Cerralbo.—El Virreinato de Méjico.

Sr. Beltrán y Rózpide.—Descubrimiento de la Oceanía por los españoles.

Sr. Laguna.—Flora americana.

Sr. San Martín.—Influjo del descubrimiento del Nuevo Mundo en las ciencias médicas.

Sr. Pérez de Guzmán.—Descubrimiento y empresas de los españoles en la Patagonia.

Sr. Vidart.—Colón y Bobadilla.

Sr. Vilanova.—Protohistoria americana.

Sr. Ferreiro.—Influencia del descubrimiento del Nuevo Mundo en las ciencias geográficas.

Sr. Marqués de Lema.—La Iglesia en la América española.

Sr. Carrasco.—Descubrimiento y conquista de Chile.

Sr. Riaño.—Observaciones sobre el arte monumental americano.

Sr. Vidart.—Colón y la ingratitud de España.

Sr. Azcárate.—Los Estados Unidos.

Sr. Saavedra.—Ideas de los antiguos sobre las tierras atlánticas.

Sr. Novo y Colson.—Magallanes y Elcano.

Sr. Salillas.—El Pacificador del Perú.

Sr. Aranzadi.—Fauna americana.

Sr. Reparaz.—El Brasil; descubrimiento, colonización é influencia en la Península.

Sr. Fabié.—El Padre Las Casas.

Sr. Valle.—Precedentes del descubrimiento de América en la Edad Media.

EN PRENSA.

Sr. Torres Campos.—California.
Sr. Becerro de Bengoa.—La Rábida.

Los pedidos, á los Sres. Sáenz de Jubera Hermanos, encargados de la administración de esta obra, Campomanes, 10.

PRECIO DE CADA CONFERENCIA:

UNA PESETA.